



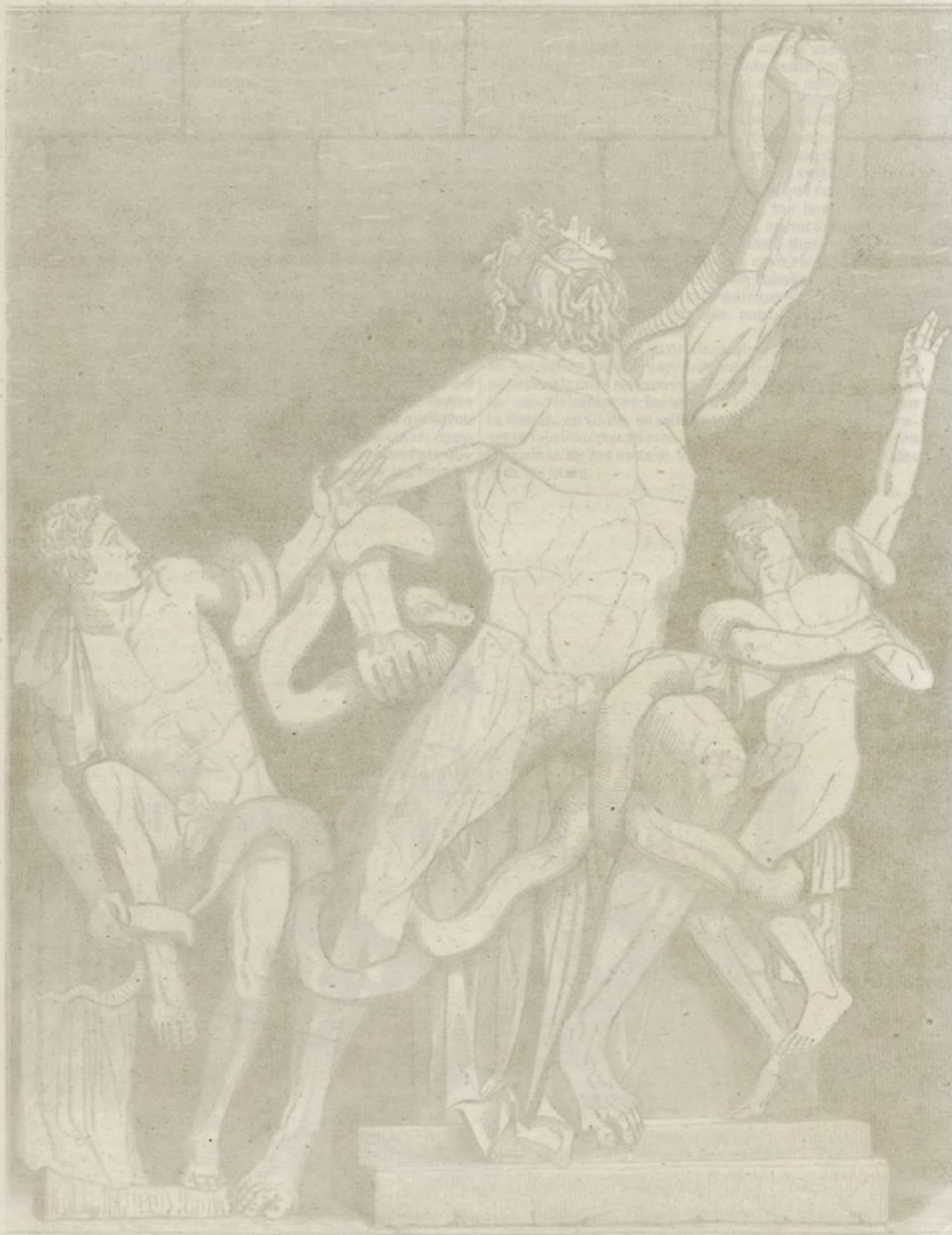
25 de diciembre de 1847.

LAOCOËTE.

TOMO V. 34

Ayuntamiento de Madrid





46. V. ORDI

L'ARTISTE

25 de diciembre de 1845



## ESTUDIOS ARTISTICOS.

### LAOCONTE.

El grabado con que empezamos este número, obra del distinguido artista don Calisto Ortega, á quien tenemos encomendados todos los de ambos MUSEOS DE LAS FAMILIAS y de LOS NIÑOS, es de un género completamente nuevo, y lo presentamos á nuestros lectores, no solo como una prueba de los adelantos que diariamente hace en España el grabado en madera, sino como muestra de las mejoras que repetidas veces hemos ofrecido y sin cesar realizamos en el Museo. Su argumento es el que sigue:

Laoconte sacerdote de Apolo, y segun algunos hermano de Anquises, se opuso á que los troyanos abriesen paso por sus murallas al colosal caballo de madera que construyeron los griegos al tiempo de retirarse del sitio de Troya, con la dañada intencion de que penetrasen en la plaza ocultas en él sus mejores tropas; pero sus conciudadanos se empeñaron en no dar crédito á las palabras con que Laoconte les anunciaba el peligro, y por el contrario hicieron gran brecha en los muros para llevar á cabo su intento.

Para convencerlos de la realidad de sus temores, se atrevió Laoconte á clavar una flecha en los flancos de aquella inmensa máquina, y al momento se oyó un sonido que indicaba claramente que dentro había muchas armas encerradas.

Pero, los dioses que estaban irritados contra Troya, obstinaron mas y mas á los troyanos, para que desoye-

sen sus instancias, y aun castigaron cruelmente la temeridad del sacerdote de Apolo.

Al momento que disparó la flecha, salieron del mar dos enormes serpientes, y se precipitaron contra dos hijos de Laoconte que se encontraban al pie de un altar. Acudió el padre presuroso á su socorro, luchó largo tiempo con las agonías de la muerte, y al fin fué ahogado, ni mas ni menos que sus hijos, entre los estrechos nudos que hacian aquellos monstruos alrededor de su cuerpo.

El desgraciado padre, el impertérrito defensor de su patria, cuyas terribles calamidades preveía, cayó moribundo sobre el altar cubierto en parte con su manto; se hincha su pecho, están tirantes sus miembros, las convulsiones del dolor se hacen visibles en la contracción de todos sus músculos; los efectos se manifiestan hasta en los dedos del pie; sus tristes y tiernas miradas se clavan en el cielo, y en su frente está pintada la serenidad de la inocencia. Hasta sus cejas denotan el horror de sus tormentos.

La composición del grupo, el sábio contraste de las actitudes, la energía y la verdad de los contornos, la perfección de la figura del padre, la emoción de uno de los hijos, el abatimiento del otro, todas esas bellezas reunidas hacen de este admirable grupo una obra maestra del arte.

El original es de mármol griego, obra de Agesandro, Polidoro y Athenodoro, los tres de Rodas, segun refiere Plinio. Encontróse en Roma el año de 1506 sobre el monte Esquilino, entre las ruinas del palacio de Tito.

El papa Julio II le hizo comprar para colocarle en el Vaticano.

## GLORIAS DE ESPAÑA.

### LA MUERTE DE AMILCAR.



queza casi fabulosa de la España, avivaron la codicia cartaginesa, capaz de desconocer los vinculos mas sagrados, y las naves salidas de Cartago se presentaron á vista de las costas de la península, para desconce-  
tuar en

ella á los fenicios y hacer que los naturales se apartasen de su alianza.

Era entonces Cartago una ciudad opulenta, metrópoli de una república de valientes, cuyas colonias militares se estendian por la costa septentrional del Africa. Apenas habia parage del mundo conocido, adonde no hubiesen llegado los pilotos y los capitanes salidos de Cartago, acrecentando en tan aventuradas y remotas expediciones la opulencia y nombradía de su república. Llególe su vez á la feliz Iberia, presa siempre de ambicion estraña, y los cartagineses, despues de haberse establecido sin contradiccion en las Baleares, aprovechando algunas desavencencias de los vecinos de Cádiz, lograron poner el pie en la península. Desde entonces se acrecentó su desmedido orgullo, pues se creyeron, no sin fundamento, capaces de resistir á todas las naciones.

Los mismos fenicios fueron los primeros á experimentar los efectos de la ambicion de Cartago, pues perdiendo á Cádiz, que era el emporio de su comercio, tuvieron al fin que abandonar las costas de la península, en las que los cartagineses se fueron estableciendo gradualmente y adelantando sus posesiones al interior, hasta el extremo de adquirir el dominio que tuvieron en España por los años de 260 antes de Jesucristo, cuando la pe-



ninsula Ibérica era el punto de que los cartagineses sacaban, no solo abundantes riquezas, sino valientes soldados que los auxiliaban en sus remotas guerras de otros países.

Procuraron por algun tiempo los cartagineses ganarse la confianza de los españoles, alucinándolos con las ventajas de su comercio y de su amistad, pero como esta conducta era tan contraria á su índole belicosa, como que ellos no anteponían como los fenicios siempre la paz á la guerra, no tardaron en manifestar abiertamente su desigmo, no solo de conservar á viva fuerza sus establecimientos de la costa, sino de avanzar en el país, imponiendo leyes y acosando á los pueblos como fieros conquistadores.

Conocieron, aunque tarde los españoles, quienes eran aquellos falsos amigos que así abusaban de su sinceridad nativa, y la desconfianza, el disgusto y la resistencia pasiva que empezaron á manifestar, solo sirvieron para agravar su posición, pues los cartagineses redoblaron sus atropellos y sus exacciones. Cartago fué enviando á España á Saphon, á Himilcon, á Hannón y á otros generales, que como gobernadores de país conquistado, reprimieron todos los amagos de insurrección de los agoviados pueblos, sujetándolos al parecer para siempre al dominio de Cartago.

Cuando mas consumada parecia la ruina de los españoles, y cuando estos, inferiores en armas, en táctica y disciplina á las huestes africanas, parecia imposible pudiesen sacudir su ominoso yugo; cuando carecían en fin de un jefe que congregase y dirigiese sus esfuerzos, entonces Orison, jefe de los celtiberos, se levantó contra los cartagineses, y al puñado de valientes que pudo reunir, corrieron á incorporarse cuantos sufrían con impaciencia la tiranía estrangera. Cuánto sobresalto causase en Cartago la noticia de este levantamiento, lo prueba el haber enviado para sofocarle, las mas aguerridas tropas, al mando de Amilcar, el mejor general de la república.

Amilcar taló y asoló los pueblos que no se sometían á lo que él llamaba alianza de Cartago: los pocos naturales que osaron resistirle fueron arrollados, puesto que los principales caudillos habian buido á las montañas, reservándose para mejor ocasion. Una sola ciudad llamada Ilice, porque dominaba el golfo ó seno *Ilicitano*, se atrevió á contrarestar el impetu de Amilcar y á detenerle por unos dias ante sus muros. Contaban los habitantes con el auxilio de Orison, y el mismo Amilcar, que tanto recelaba de este jefe, habia procurado traerle á su partido, con lo que daba por seguras sus empresas. El astuto celtibero, que no consideraba llegado el momento decisivo de su victoria, habia entretenido á Amilcar con falsas promesas, hasta que puesto de acuerdo con los demas pueblos que iban tomando las armas, envió su respuesta terminante al campo de Amilcar á vista de Ilice. El cartaginés que con impaciencia la esperaba, salió al encuentro del mensajero, diciéndole:

—¿Cuál es la última respuesta de tu jefe?

—Que mañana vendrá Orison á establecerse en tu mismo campamento.

Gozoso Amilcar, y sin pararse á considerar la ambigüedad de esta respuesta, se consideró ya dueño de la ciudad rebelde.

## II.

El grande error de Amilcar estuvo en no seguir con los habitantes de la España aquella política prudente que habian seguido los primeros invasores. Ufano el cartaginés con sus recientes triunfos y mas que todo, seguro de quenada tenia que temer de sus rivales en Cartago,

pues su bando llevaba ya la voz y el voto en la república, creyó que era ya llegada la hora de presentarse como orgulloso conquistador y de dictar sus despóticas leyes, depouiendo la máscara conciliadora con que encubria sus ambiciosos intentos. Pero se engañó miserablemente, y harto á costa suya hubo de conocer de lo que es capaz un pueblo, cuando lucha por su independencia y por la seguridad de sus hogares; de lo que son capaces los españoles, en fin, cuando á su buena fé y á su sinceridad ven que se corresponde con la ingratitud y la perfidia.

Una vez conocida por los españoles la traicion de los cartagineses, ya era tan inútil como tardío el hablar de conciliación. La fuerza sola es la que podia ya decidir las contiendas suscitadas entre los habitantes del suelo español y sus numerosos invasores. Esta fuerza es la que Amilcar no temia; antes al contrario, gozoso al saber el levantamiento de las provincias españolas y creyendo se le venia á la mano la ocasion de abatir á sus contrarios y de hacerse dueño del país en una sola jornada, dejó un pequeño destacamento á vista de Ilice, y con sus mas numerosos y aguerridos escuadrones, con todo el grueso de sus fuerzas, en fin, partió en busca de los enemigos. Habianle ahorrado estos gran parte del camino: antes de que perdiese de vista los muros de Ilice, ya empezó á descubrir pequeñas avanzadas ó destacamentos de españoles, tanto á pie como á caballo, que parecían dispuestos á disputarle el paso; pero que se diseminaban y desaparecían como si los tragase la tierra, apenas se tomaban disposiciones para acometerlos. Otras veces se acercaba un peloton de caballería en el que venían dos ginetes montados en cada caballo: al llegar á cierta distancia de los cartagineses, uno de los ginetes echaba pie á tierra, y aquella infantería improvisada, disparando sin cesar certeras flechas, sostenía una pequeña escaramuza; pero en el mismo instante en que aquellos hombres temerarios iban á ser envueltos por todas partes, saltaban con pasmosa agilidad á la grupa de los caballos, y estos y sus ginetes desaparecían como un relámpago de la vista de sus enemigos.

No consistía sin embargo, la táctica de los españoles en inquietar y fatigar de esta manera al ejército cartaginés; tambien ellos habian resuelto medir sus fuerzas en batalla campal y fiar de ella todo su porvenir. Habian elegido para esto un terreno favorable, ó por mejor decir, un palenque cerrado, donde á los cartagineses no les quedaba esperanza de salvación mas que en el triunfo, pues al frente tenían á los enemigos, á un costado asperas montañas, donde no les era dado refugiarse con la misma celeridad que á los españoles, al otro costado tenían las caudalosas ondas de un río, y á la espalda la población de Ilice, pronta á tomar las armas contra ellos, apenas la suerte empezase á serles desfavorable. En este terreno esperaron á Amilcar en orden de batalla las huestes hispanas, mal armadas, heterogéneas y confusas, pero contando á su favor con lo que supone mas que el número y vale mas que la fuerza y la instrucción bélica: el santo amor de la patria.

## III.

Si no enteramente militar, era por lo menos harto curioso el espectáculo que el campamento de los españoles presentaba. Ocupaban el centro del ejército los *olcades*, los *oretanos*, los *contestanos*, *murgetes* y otros pueblos que habian dado principio á la confederación, todos vestidos de túnicas oscuras de lana grosera, pero bien armados con lanzas y venablos y un escudo de cuero de forma semicircular. Seguían á estos los *vectones* y los *carpentanos* con sus toscas, pero tremendas espadas de dos



filos, labradas con las aguas del Tajo. Venían después los *bardulos* y los habitantes del promontorio *Olearso*, todos ellos hábiles en el manejo del hierro, y á esta misma banda se veían algunos, aunque muy pocos, *co-rietes*, *autrigones* y forzudos montañeses, cubiertos con sayos tejidos con el pelo de animales feroces, y manejando con soltura pesadas estacas de nudosas puntas. Ni faltaban á la opuesta banda algunos ligeros ginetes de los *túrdulos*, de los *turdetanos*, de los *bástulos*, de los *basetanos* y de los habitantes de los campos *Tartésios*, de aquellos que se arrojaban rápidos sobre el enemigo, llevando un venablo en cada mano y cogidas con los dientes las riendas del caballo. No había pueblo de España, aun

de aquellos que menos espuestos estaban á las tropelías y agresiones de los cartagineses, que no hubiese enviado algunos campeones á la lid, y por último, aun faltaba en las filas el principal refuerzo del ejército, que era la brillante caballería de los *celtiberos*.

Era aquel el primer alarde de fuerza que hacían los pueblos españoles, alarde cuya importancia no se escapó á la sagaz política de Amílcar, que no pudo menos de estremecerse al ver tantos pueblos, hasta entonces divididos y de tan diversa índole y tan variadas costumbres, que tendían á formar vínculos comunes y que organizaban un sistema defensivo y ofensivo contra el enemigo de todos.



MUERTE DE AMÍLCAR.

Un furor extraordinario se apoderó de los españoles cuando vieron á los cartagineses que en buen orden y con silencio les iban presentando su línea de batalla. Cada tribu reunida al rededor de su jefe, quería ser la primera en el combate, por lo que hecha la invocación al gran Ser, á quien todos aunque de diverso modo adoraban, se dio la señal de la pelea. Adelantáronse los flecheros que tanto estrago causaban en las filas enemigas con sus certeros disparos, no menos que algunos diestros honderos de las *Baleares*, de cuyas recias pedradas no había escudo ni brazo que no saliese magullado. Pero los cartagi-

neses, despreciando las pérdidas que sufrían y avanzando siempre, hacen replegar á los diestros tiradores y llegan á cruzar sus lanzas con las de los iberos, que impetuosamente corren hacia ellos. Mas ¡ah! todos los esfuerzos son inútiles: todos los ataques de los pueblos españoles vienen á estrellarse en aquellas formidable tropas, apiñadas y cubiertas de hierro, por entre las que discurre Amílcar, montado en su fogoso caballo, infundiendo con las palabras y con el ejemplo nuevo brío á sus soldados. Ya dan éstos por segura la victoria, ya con sus instrumentos bélicos la celebran, cuando un prolongado





clamor resuenan en las diezmaras filas españolas. Abrense estas por varias partes y dan paso á móviles torbellinos de fuego, á inmensos montones de llamas que parten, atraviesan y giran por la campiña, y encontrando al paso las compactas huestes cartaginesas, las atropellan y abren en ellas sangrienta y anchurosa brecha, sin que haya fuerza capaz de contrastar su empuje irresistible.

Eran unas carretas llenas de materias combustibles, á las que estaban uncidos buyes, en cuyo testuz estaban tambien preparados haces de paja y materias resinosas. Cuando llegó la hora de dar fuego á todas estas materias, los animales irritados cada vez mas con el ardor de la llama, partieron furiosos, y redoblando su cólera y su empuje á medida de las heridas que recibían y de los obstáculos que hallaban al paso, causaron aquel espantoso desorden é indecible estrago en las filas enemigas.

En aquellos momentos de confusion, cuando no se escuchaban mas que los clamores de las victimas y el ruido de las armas homicidas, entre el humo, la polvareda y el vapor de sangre que se elevaba de la campiña, aparece en un extremo de esta un numeroso escuadron de guerreros, en cuyos penachos rojos sobre casco de cuero se reconoce á los intrépidos celtiberos. Orison, el valiente y leal Orison, viene acaudillando aquellos velocísimos, ginetes, tan humanos y hospitalarios en la paz, como feroces y crueles en la guerra. Desde este instante ya no hay piedad para los cartagineses: ellos que se creían vencedores, son arrollados por todas partes, y sus filas desordenadas, sus principales gefes tendidos en tierra, barto indican que no hay salvacion posible mas que en una pronta huida. Orison llega con sus guerreros hasta el mismo campamento de Amilcar, se enseñorea de él conforme habia prometido, y envia desde allí á anunciar su libertad á la consternada Ilice. Los fugitivos cartagineses creen

hallar su salvacion refugiándose en las montañas, pero los celtiberos, tan ardientes en combatir como tenaces en la persecucion, los siguen y los aniquilan, montados en sus caballos tigres, enseñados á trepar por las asperezas.

En tanto Amilcar, despues de haber hecho inútiles esfuerzos para reanimar á los suyos, despues de haber espuesto su vida mil veces, se alejaba fatigado, herido y lleno de desesperacion de aquel aciago campo de batalla. Su caballo herido tambien, ciego y desbocado, fué á precipitarse en las aguas del próximo rio, sin que Amilcar fuese dueño de contenerle. Caballo y jinete se hundieron prontamente, mas en breve aparecieron en la superficie del rio, luchando y reluchando con las olas que con rápido impulso los arrastraban. Momentos hubo en que pareció que iban á salvarse, por lo que los flecheros españoles que en persecucion de los fugitivos habian llegado á la orilla del rio, tendieron los arcos, dispuestos á traspasar á Amilcar, si es que llegaba á ganar la orilla opuesta; pero inútil era semejante precaucion. Las fuerzas abandonaron al desangrado caballo en quien el triste Amilcar únicamente fundaba su esperanza. Vióse al cartaginés abandonar las crines á que estaba convulsivamente asido, estender los brazos con desesperacion y abandonarse á la corriente del rio, donde ambos, caballo y jinete, desaparecieron para siempre entre anchurosos remolinos, cubiertos de espuma.

Entonces bajaron las armas que preparadas tenian los españoles que estaban en la orilla, y se retiraron exclamando:

—Perezcan como tú, cuantos osen atentar á la prosperidad y á la independencia de la España.

F. FERNANDEZ VILLABRILLE.

## ESTUDIOS HISTORICOS.

**DON VASCO LOPEZ,**

**GRAN MAESTRE DE SANTIAGO.**

1338.

(Conclusion.)

III.

**H**abian pasado ya ocho dias de la eleccion del gran maestro; Isabel que solo habia venido por unos dias á Uclés, prolongaba su mansion en la ciudad de los caballeros. La intimidad mas grande reinaba entre la estrangera y doña Sancha, y su hermosa y jóven pupila doña Leonor. Preocupadas parecian las tres, Isabel con el pensamiento fijo y dominante de encontrar la hija que hacia tantos años buscaba en vano. Doña Leonor por los primeros amores que ocupaban su virgen corazon, y doña Sancha porque el comendador Vasco, el amigo de treinta años, el compañero inseparable de su hermano, el que todos los dias y todas las noches la visitaba, no habia vuelto á su morada desde el dia antes de su elevacion al maestrazgo de Santiago.

Interpretaban unos esta ausencia por la austeridad de las costumbres de Vasco, elevado á la suprema dignidad

de la órden, y al deseo que le suponian de dar ejemplo en aquellos tiempos de relajacion, huyendo el trato de las mugeres y pareciendo mas bien religioso que caballero. Pretendian otros que el gran maestro buscaba en la soledad, en el aislamiento y el retiro, el remedio á una pasion amorosa que á pesar de sus años le habían inspirado las juveniles gracias de la interesante Leonor, habiendo observado algunos que los ojos del severo Vasco tomaban una espresion indefinible de ternura cuando se encontraban con los de la jóven pupila de doña Sancha. Todos hacian diversos comentarios, y como la presencia de Vasco era la que atraia la concurrencia á la estancia de doña Sancha, todos desertaron de ella cuando creyeron que el maestro le habia retirado su favor y amistad.

Isabel, la que pocos dias antes habia llegado á Uclés, era la única que conocia la verdadera causa de la ausencia del maestro de una casa en cuyo trato habia encontrado hasta entonces todo su placer.

Doña Sancha buscaba en la oracion el consuelo del abandono de Vasco, y pasaba largas horas encerrada en su oratorio. Isabel tenia una gran fortuna, y bastante belleza aun, pero se ignoraba de donde provenia esta fortuna; jamás hablaba sobre su vida cubierta con el impenetrable velo del misterio; en vano al franquearle su corazon y depositar en él todos sus secretos la jóven Leonor, habia tratado de saber los de Isabel; ésta jamás la habia descubierto su alma, si bien en algunos momentos de



expansion, exclamaba, que ella buscaba largo tiempo un tesoro, que estaba á punto de encontrarlo, y que con una palabra cuyo secreto conocia, podia trastornar la órden de Santiago.

La jóven Leonor creia entonces que Isabel tenia trastornada la razon, y la escuchaba con terror, que bien pronto disipaban otras palabras de dulzura y confianza que contribuian á estrechar su intimidad y cariño.

En tanto don Vasco se hallaba muy lejos de haber encontrado la felicidad en el poder soberano que tanto habia deseado. La estrella que desde abajo habia visto brillar radiante y pura, se habia convertido para él en noche oscura y tenebrosa, y temblando sin cesar por todo, marchaba sobre las encendidas cenizas de su ambicion satisfecha. El poder, los honores, el mando, el maestrazgo tan deseado, todo se habia desvanecido entre sus manos al tocarlo. Continuo roedor gusano le destruia el corazon cual el insecto vil que va por dentro pudriendo el fruto, en su exterior hermoso y sano. Y esa nube que se fijaba sobre su estrella, ese gusano roedor en medio de su aparente felicidad, era el miedo, pero no un miedo comun y que puede vencer el hombre de corazon, sino un terror secreto, intimo, permanente, indecible, que se multiplicaba bajo diversas formas, que helaba su corazon, que le asaltaba al despertar sobresaltado, despues de haberle perseguido en sus agitados ensueños, y que no le abandonaba en todas las horas del dia. Aquel hombre de tan severas costumbres era mas infeliz en su magnifico convento-palacio que el último siervo de la órden. Una verdad terrible le agobiaba y se alzaba delante de él, y no le abandonaba. Era casado con una muger que no habia muerto, aquella muger habia venido á Uclés! estaba allí dispuesta á hablar, tal vez lo habia hecho ya, tal vez en aquel instante dirigia su funesta denuncia que se apresurarian á recoger sus enemigos, el rey y sus parciales! Una muger que con la prueba en la mano y una sola palabra le condenaba á una existencia de mentira y de hipocresia, que podia acusarle delante de todos, cubrirle de ignominia, hacerle despreciable á los ojos del mundo entero, echar un baldon sobre su vida entera, y hacerle descender de su alto puesto á un abismo cuya profundidad no se atrevia á medir, ni á calcular el eco ruidoso de su caída. Era tener de continuo sobre su cabeza, suspendida la espada de Damocles, era ver á todas horas y en todas partes una aparicion terrible que le derribaba como la mano fatidica en medio del festin al rey de Babilonia.

A las continuas instancias que á todas horas hacia llegar Isabel al maestro, habia respondido éste con nuevas dilaciones. Para sus respuestas se valia de mil estratagemas, disfrazaba su letra, empleaba en sus cartas y en sus mensajes mil rodeos y precauciones infinitas; temeroso de suministrar pruebas de conviccion, y como si hubiese olvidado la grande y única prueba que debia alzarse contra él al llegar el momento fatal. Estas respuestas eran siempre efugios y nuevas dilaciones, que le sugerian unas veces el amor de padre, temeroso de separarse de aquella niña que habia visto crecer para entregarla en manos de una estrangera, que aunque su madre, le era desconocida y la apartaria lejos de él llevándola á donde quisiese, otras veces queria guardarla como prenda el mas tiempo posible, temiendo que satisfecha la madre, estallase la cólera de la muger abandonada con ultrage, y le impusiese nuevas condiciones, con la terrible venganza siempre en su boca, y sin tener nada ya con qué poder comprar su silencio.

Isabel y Vasco habian llegado en fin, él á su última dilacion, ella á su última amenaza. Fijó la época Vasco, señalando que al dia siguiente de la Encarnacion, 25 de marzo, despues de la fiesta religiosa con que toda la cristiandad y la órden de Santiago celebraba la concepcion del Salvador del mundo, se encontrase al anocheecer en una de las capillas de la iglesia prioral de Uclés.

Don Mendo, el prior y algunos de los caballeros parciales de Alfonso XI, que habian sido vencidos en la eleccion, reunieron sus partidarios, se pusieron en comunicacion con el rey, que aunque con escasas fuerzas se hallaba en Cuenca, y habia recibido gran pesadumbre por el desaire que le habia hecho la órden, y de concierto comenzaron á obrar todos los descontentos.

Terminada la eleccion del maestro, varios comandadores y caballeros marcharon á sus diversos mandos y encomiendas, y á los puntos donde se hallaban sus tropas: quedaron sin embargo en Uclés para la defensa del maestro y de los principales dignatarios y de la casa matriz de la órden trescientos veteranos.

Los descontentos, de quienes era el alma el prior don Mendo, tenian sus armas preparadas, todo dispuesto, y solo faltaba fijar el dia de la empresa, á cuyo buen éxito debia contribuir el rey moviéndose sobre Uclés con su escasa hueste.

Fijóse este dia para el 24 de marzo, vispera de la Encarnacion del Redentor del mundo.

Ramiro, el hijo adoptivo del prior don Mendo, con los mas decididos, fué el designado para apoderarse á favor de las tinieblas de la noche, del castillo que se hallaba á corta distancia de Uclés, que dominaba la poblacion, y que se hallaba con escasa guarnicion. La toma del castillo seria la señal del alzamiento, apoderándose de las dos torres de las puertas y del convento, sobre cuya elevada cúpula se tremolaria el estandarte real, quedando el gran maestro y los caballeros prisioneros, y la primera de las fortalezas de la órden de Santiago á merced del rey Alfonso XI, que entonces haria celebrar un nuevo capitulo á medida de sus deseos.

En vano algunos de los conjurados quisieron hacer ver lo atrevido y arriesgado de esta empresa. Fueron desoídos estos consejos como gentes entusiasmadas con una idea, y que no sufren ni admiten contradiccion. Separáronse llenos de confianza, despues de haber tomado sus disposiciones y dádose la señal para la noche del dia 24 de marzo. Dos dias solo faltaban para este plazo fatal.

—Don Mendo mismo será el gefe del ataque, decia uno de los conjurados; él ayudado de los mas valientes, tomará el castillo que hay sobre el camino de Cuenca; este castillo que el infante don Manuel alzó, y con el que ha tenido contenido tanto tiempo á Uclés, y que el difunto Cornado, téngale Dios en el cielo! tardó dos años en tomar.

—Si, respondia otro, don Mendo es un santo y un valiente; pero sabeis que debe atacar las torres de las puertas, y que ocupadas nos harán dueños del pueblo, pues el convento no podrá resistir.

—Buena noticia me dais, decia otro, ya sé que don Mendo nos ha dicho que estará allí en medio de nosotros, pero no puede estar en todas partes, y bastante tiene que hacer en la toma del castillo.

—¿Quién ha dicho que don Mendo va á tomar el castillo? No, el gefe de los que asaltaremos el castillo no será él, sino su querido hijo el intrépido Ramiro, que aun lo hemos de ver con la cruz roja de Santiago.

—La cruz roja él! dijo uno de los conspiradores, que tal vez no llevaba á gusto el que el mando se confiase á Ramiro. Siempre está tan triste. Me aterra la fatalidad que parece pintada en su frente. Ved allí, dijo despues señalando al castillo, la fortaleza de que hablamos, el castillo de don Manuel, que se levanta mas alto que los muros de Uclés, y que blanco como aparece en medio de las sombras de la oscura noche que nos rodea, me parece que será un blanco sudario de fatidico agüero para Ramiro!!

Este jóven intrépido, lleno de amor y de ambicion, ocupado en dar sus disposiciones, no habia oido las palabras de los que al retirarse hacian conjeturas sobre el éxito de su aventurada empresa.



Ramiro estaba enamorado, Ramiro necesitaba ser noble para poder llegar hasta el objeto de su ardiente pasión, Ramiro se sentía capaz de arrostrarlo todo por merecer la mano de Leonor.

Leonor amaba á Ramiro, y lo amaba como aman las mugeres por la primera vez: en vano con mil precauciones inútiles había intentado ocultar á Isabel, á quien amaba con un amor para ella hasta entonces desconocido, el nombre de éste. Isabel la hablaba del que ella amaba; muchas veces la había preguntado con solícito afán el nombre del preferido caballero, y Leonor, sonrosada de pudor el rostro, y llena de embarazo, había eludido sus preguntas. Aunque siempre esquivaba el pronunciar su nombre en la intimidad de las conversaciones, veía siempre con placer las instancias de Isabel por conocerlo. ¿Qué importaba el nombre de que Isabel pudiese servirse para designar el objeto de sus amores? ese nombre que solo sabía Leonor, y que encerraba con secreto y delicioso culto en su pecho, como se encierra en un precioso vaso un rico perfume porque no se evapore, estuvo á punto de revelarlo muchas veces, pero la contenía el miedo de que su nueva amiga desaprobaba su elección.

Una noche en que respirando, abiertas las celosías, el ambiente puro, que de los vecinos campos atraían las brisas de la primavera, habían pasado las dos amigas algunas horas en deliciosas pláticas sobre sus amores, cuando ningún ruido se oía en la población, ni mas que á largos intervalos la voz de alerta de los vigías y centinelas de las torres, Isabel rogó á Leonor cantase alguna de las cántigas de los trovadores. Leonor tomó el arpa, y con voz dulce é inspirada reveló á Isabel el secreto que tanto deseaba descubrir. —Bella como un ángel, parecía con el arpa una de las vírgenes de Sion delante del arca santa del testamento.

Ramiro es! dulce nombre

El que vibra en mi oído,

Como del arpa santa

El celestial sonido.

De día en mis pesares

De noche en mis delirios

A todas horas oigo

El nombre de Ramiro.

La rosa del desierto,

El orgulloso lirio,

El sol radiante y puro

En el zenit subido,

No tiene la hermosura

Que tiene mi Ramiro.

Mi corazón sensible

Palpita conmovido,

Y al palpar pronuncia

El nombre de Ramiro,

No es noble?... miente el lábio

Que así profana impío

Con venenosa lengua

El nombre de Ramiro.

Ni Dios hizo plebeyos

Ni Dios los nobles hizo,

Creó, sí, la hermosura

Y hermoso es mi Ramiro!

Ni que le importan cruces

Y vanos distintivos

A quien el Dios del cielo

Así distinguir quiso!...

Creándole tan bello

Imagen de sí mismo!

Como del arpa santa

El celestial sonido

Mi corazón penetra

El nombre de Ramiro!...

Acabó su canción Leonor y abrazando conmovida á Isabel, la dijo húmedos de tierno llanto sus hermosos ojos en los que brillaba el entusiasmo de la inspiración:

—Yo no puedo decirle que le amo, y jamás tal vez lo sabrá. Preciso será que alguien le diga: «Veis esa muger? solo vos ocupais su corazón; días enteros pasa aguardando un momento solo, aquel de veros: si va á la iglesia es para miraros porque sois el único idolo que allí adora.» Tal vez entonces sorprendido me miraría, y preguntaría: ¿quién es esa muger? Pues bien, sea con curiosidad, indiferencia ó desprecio como pregunte por mí, yo deseo cualquier cosa, á cambio de que conozca mi corazón.

De repente un lindo ramillete con esta divisa. *A la bella Leonor que adoro*, cayó á los pies de Isabel, lanzado desde la calle por las entreabiertas celosías del balcón.

Conmoviéronse las dos sobresaltadas. Cogió por un movimiento instintivo Leonor el ramillete, leyó rápidamente el lema, y con voz conmovida

—Ah! es él! exclamó.

Asomáronse las dos al balcón y vieron destacarse de entre las sombras de la noche la figura de un joven que doblando una rodilla en tierra dirigía sus brazos al balcón como en señal de dolorosa y última despedida, pero que al mirar que la muger que aguardaba ver no estaba sola, se levantó con presteza y se alejó bien pronto perdiéndose en la oscuridad.

Las dos damas inclinaron el cuerpo sobre la balaustrada del balcón, procuraron seguirle en vano con la vista. Leonor atraída por una fuerza galvánica permaneció así largo tiempo aun, hasta que Isabel la sacó de su distracción.

—Le habeis conocido? es tal vez el joven que ocupa vuestros pensamientos?

—¡Ah! es él, sí, es él, dijo con apasionado acento cogiendo del brazo á Isabel, lo he visto, es el que amo! Me ha oído. Estaba ahí, cuando yo le llamaba me ha respondido, y despues ha huido.... Por qué?... si ha sabido que le amaba, si ha sorprendido el secreto de mi vida entera.

Era la noche que precedía al 24 de marzo, Ramiro había querido pasar las primeras horas respirando el aire que respiraba su amada, viendo las paredes de su mansión, aguardando tal vez que un momento apareciese en el balcón, y entonces silencioso, lleno de amor y de respeto dirigirla una mirada de última despedida, Ramiro iba á conquistar el derecho de decir en voz alta su pasión, que hasta entonces había encerrado en su pecho. Ramiro había escuchado los deliciosos acentos de Leonor, su voz había penetrado en su alma, una revelación había aparecido ante sus ojos, revelación santa, capaz de hacerle desafiar todos los poderes de la tierra. Era amado, Ramiro! marchaba pues, á lidiar con el agüero feliz de su victoria.

#### IV.

Todos dormían en Uclés; los caballeros reposaban en el seno de su antigua seguridad y de un pacífico sueño, cuando al amanecer del día 24 despertaron sobresaltados por las señales de alarma del castillo y de las torres de las puertas. Los conjurados habían conducido admirablemente su temeraria empresa. Don Mendo tenía establecidas sus influencias, dispuestos sus gefes y soldados, el estandarte real por bandera, y todo había marchado rodeado de silencio y secreto. La hora de la ejecución llegó, y el castillo de Uclés quedó en poder de los conjurados. Nada es comparable á la inquietud que se manifestó entre los caballeros. El pueblo se llenó instantáneamente de movimiento y vida. Ignorábase la causa de la alarma; creían unos ver sobre Uclés un ejército de los árabes, otros las tropas del rey, ninguno acertó la verdadera causa, tan bien guardado fué el secreto de los sublevados. En vano los ojos de todos con los primeros



albores del día se fijaron en el castillo, el estandarte de la orden no flotaba en él. Para completar el éxito de la empresa, faltaba solo ver llegar las huestes que Alfonso XI había ofrecido mover sobre Uclés. Este movimiento debía sostener en poder de don Mendo el castillo, las torres de las puertas y otros puntos de defensa fáciles de ocupar en el primer momento de alarma y de sorpresa; pero esto le faltó.—Alfonso XI se había visto detenido y precisado á observar un considerable número de parciales de don Manuel.

Pasaron bastantes horas, y los vigías de los sublevados no anunciaban la llegada de las tropas del rey. El miedo, la reflexión, las dudas mas poderosas que nunca en el momento de obrar, resfriaron el ardor de muchos que habían jurado secundar dentro de la población la empresa; prudentes por cobardía se mantuvieron en la inacción. Todo dependía de este primer movimiento y los conjurados que se habían encerrado en los fuertes quedaron abandonados, pues eran poco numerosos los grupos en el exterior.

El mayor número de los sublevados se hallaba en el castillo donde don Mendo había sorprendido al caballero que con veinte hombres lo guarnecía.—Pero en una de

las torres de las puertas no habían entrado mas que cuatro de los conjurados mandados por Ramiro, el hijo adoptivo de don Mendo. El castillo era posible defenderlo por muchos días. Las torres era imposible conservarlas sino secundaba la población el movimiento.

Don Vasco al primer aviso de sublevación, en presencia de un peligro que podía combatir, olvidó el secreto miedo que le inspiraban las amenazas de Isabel, desplegó su antigua energía. Hombre de corazón, y acostumbrado á lidiar, entró en el consejo de la orden con la altiva mirada del antiguo comendador, sin miedo y sin palidez en su rostro.

El consejo del maestre se había reunido por sí mismo á la noticia del peligro. Era de ver á aquella hora en que apenas asomaba el crepúsculo de la mañana, á todos los viejos comendadores consternados, confusos y con apresurados pasos dirigiéndose al convento.

Larga fué la discusión, inciertos y vacilantes los pareceres como sucede siempre á vista de un gran peligro. El maestre juzgó que en la prontitud del ataque estaba su salvación, y juntando los mas decididos de los caballeros, tomando el estandarte de la orden, salió rápidamente



TOMANDO EL ESTANDARTE DE LA ORDEN, SALIÓ RAPIDAMENTE Y DESHIZO LOS GRUPOS DE LOS SUBLEVADOS.

y deshizo los grupos de sublevados, no dando tiempo para que se aumentasen con los que entraban en la conjuración, y que se hallaban detenidos hasta ver mayores probabilidades de triunfo.

La rebelión quedó circunscrita á los dos puntos ocupados por los parciales del rey, el castillo y la torre. El

temor de verter una sangre inútil, y mas aun el de ver de un momento á otro aparecer fuerzas que apoyasen á los conjurados, sin cuya esperanza no se concebía el alzamiento, hizo, que á pesar de muchos caballeros que creían menguar su decoro tratando con los rebeldes, se enviasen mensajeros al castillo y á la torre, invitándoles á la su-



mision, y á volver á la obediencia del gran maestre. Los conjurados del castillo recibieron al mensajero de la orden á tiros de ballesta, y tuvo que retirarse sin cumplir su conciliadora mision.—Pasaban las horas de la mañana del día 24, y las huestes del rey no parecían. Los conjurados del castillo veían con sorpresa pasar las horas, y aunque en cruel ansiedad, aguardaban en su loca ilusion el momento de una sublevacion general. El maestre para convencer á los del castillo resolvió asaltar la torre que defendía las puertas de la poblacion.—A la señal convenida, varios caballeros asaltaron la torre con el valor y certidumbre que inspira el convencimiento de encontrar una corta y débil resistencia. Murieron dos caballeros en el ataque, pero Ramiro y sus cuatro compañeros aunque hicieron prodigios de valor, quedaron en poder de los vencedores.—Querían algunos hacerles morir inmediatamente para vengar á los dos caballeros que habían sucumbido en el ataque, pero el gefe de los caballeros les hizo ver que en el castillo había veinte caballeros que serían terrible represalia de sus vidas.—Esta reflexion contuvo la indignacion de los mas furiosos. Encadenaron á los prisioneros, encerrándolos en un oscuro calabozo, y fueron los vencedores á ofrecer al maestre el trofeo de su fácil victoria.

Concibió entonces el maestre y su consejo la esperanza de apoderarse del castillo por la persuasion y el temor, y mandó un nuevo mensajero que les comunicase la ocupacion de la torre y la prision de los rebeldes. Don Mendo al saber que el hijo adoptivo de su corazon se hallaba prisionero, cargado de cadenas y espuesto á la terrible venganza del maestre, vió desaparecer toda su energia. El conspirador se acordó de que era hombre y sus ojos se humedecieron con amargas lágrimas. El desaliento entró tambien en todos sus compañeros, se disipaban las ilusiones para dar lugar al abatimiento, y un terror pánico se apoderó de todos los ánimos al ver que no había esperanzas de que fuese secundada una empresa tan felizmente empezada. Decidieron en un instante á capitular con la orden, y en su terror el único artículo que estipularon fué el entregar el castillo y renunciar á toda idea de sublevacion si se les concedía la impunidad así como á sus compañeros de la torre.

Aun algunos códices y registros de la orden de Santiago, donde se puede leer la peticion de los sublevados escrita en estos ó equivalentes términos, conservan á continuacion esta respuesta.—«Que habiendo examinado el maestre, asistido de algunos comendadores, la peticion, acordándose de su natural clemencia, prometían á los alzados mantener la observancia de sus fueros y leyes que jamás creían haber menoscabado, y cuya violacion reclamaban, y en cuanto á la impunidad demandada, otorgaban la vida y remision de toda pena corporal á los alzados en el castillo, con tal de que incontinenti depositasen sus armas, saliesen de la fortaleza de seis en seis, y de antemano enviasen á ocho de ellos en rehenes al convento de Uclés.»

Cuando don Mendo recibió esta contestacion, y la hizo saber á sus compañeros, fué recibida con grandes aclamaciones de alegría, y aquellos hombres que aquella misma mañana se mostraban tan resueltos á morir intrépidamente en su puesto, y á sepultarse en las ruinas del castillo antes que rendirse, se regocijaban al principio de aquella misma tarde porque se les perdonaba la vida. Gritaban que estaban prontos á deponer las armas y á dar los rehenes que se les pedían y abandonar la fortaleza.

En vano don Mendo con las lágrimas en los ojos les recordó los prisioneros de la torre, que debían mirar como rehenes, y con voz sofocada por el sentimiento, les dijo que entre ellos se hallaba Ramiro, su hijo adoptivo.—El mensajero del maestre declaró que no se comprendía á los de la torre, y que si llegaba la noche, el maestre retiraba su perdon y decidía la fuerza. En vano insistió

don Mendo. Un murmullo de desaprobacion cubria sus palabras. Tal había sido el cambio de ideas y la repentina mudanza de aquellos hombres, que don Mendo rodeado un momento hacia de toda autoridad y ejerciendo un absoluto dominio, apenas podía hacerse escuchar. Insistió el mensajero de la orden, presentáronse voluntariamente varios como rehenes seguros de la impunidad, y arrojaron los demas las armas.

Antes del anochecer volvió á ondear sobre las almenas del castillo el estandarte de Santiago.

## V.

El gran maestre se hallaba en uno de los salones de su palacio-convento, envuelto en su ancho manto blanco, sobre el que brillaba la roja cruz como una gran mancha de sangre, al débil resplandor de la lámpara que pendiente del artesonado techo reflejaba su vacilante luz. Retrábanse en su adusto semblante la fatiga y las fuertes emociones que había experimentado todo el día.

—Venci, exclamaba, y puedo herir y perdonar á un tiempo. Puedo cumplir mi palabra y vengarme. ¿Qué se han hecho los alzados contra mí?... Los del pueblo están arrepentidos..... Los pocos caballeros que han tomado parte, huyeron sin duda al campo de Alfonso XI. De los caudillos uno morirá por la espada... el otro de dolor, ya que por su dignidad y la capitulacion no le alcance el hacha de mis verdugos.

En efecto, el prior de la casa conventual de Uclés fué en todos tiempos una elevada dignidad, que en los siglos posteriores se transformó por los pontífices en un obispado independiente y exento, dignidad que dura aun en nuestros días, aun despues que de las órdenes solo se conserva la memoria y el nombre.

El maestre sacó un pito de plata, lo hizo sonar tres veces y se le presentó respetuosamente uno de sus servidores diciéndole:

—Ya está el prior y los verdugos tambien.

—Que estén prontos á cumplir su terrible ministerio ambos, mientras que aquí reposo un instante.

Salió el servidor del maestre, y embozándose éste en su ancho manto, se sentó en el extremo del salon junto á una mesa, y apoyando en ella los codos, cubrió con entrambas manos su rostro permaneciendo en silencio.

Pasaron así algunos instantes, y el silencio que reinaba en la estensa y mal alumbrada estancia, parecia el que reina en la morada de la muerte.

Oyóse luego el rumor de lejanos pasos, y apareció el servidor del maestre trayendo consigo un jóven á quien dejó solo. Marchóse despues y volvió acompañando al prior don Mendo, á quien dijo señalando á Ramiro:

—Oid en confesion á aquel hombre, y hacedlo presto, porque así que le deis la absolucion, le han de cortar la cabeza.

Mendo al entrar no vió nada al pronto, tal era la lóbrega oscuridad de la estancia en que se hallaba; un momento despues divisó á lo lejos á un hombre embozado sentado junto á una mesa, y en medio de la estancia otro hombre cargado de cadenas, al rededor de los dos un silencio sepulcral.

El que estaba encadenado, el que sin duda le aguardaba para morir, era su hijo adoptivo. Su corazon al verle se lo había hecho presentir, su corazon no se había engañado.

Precipitóse en sus brazos, apretóle convulsivamente sobre su pecho, quiso hablar y le faltó la voz, solo pudo besar su frente y sus manos cargadas de hierro, y estrecharle nuevamente sobre su corazon ahogándole los gemidos.

—¡Padre! exclamó Ramiro.





—¡Hijo! perdon, perdon, yo soy la causa de tu muerte. Yo la he causado, Ramiro, cuanto he llorado desde anoche, noche de horrible misterio!

—Fui preso en la torre, pero al fin logro volver a veros.

—Jamás nos habíamos separado, yo, yo solo soy traidor, tu, Ramiro, eres inocente, sobre mi cabeza debe pesar el rigor de la venganza del maestro, yo iré a verle, yo abrazare sus rodillas, él verá mis lágrimas, le rogaré muestre su clemencia en tí, y le exigiré que....

—¿Cual os engaña vuestro amor!

—Le rogaré que no te mate a tí, que eres aun un niño, o que nos mate a los dos!

—No sois amigo del maestro, habeisido su contrario: no os oirá.

—Tendrá piedad de mis canas, revocará la sentencia de tan bárbaro castigo.

Don Mendo viendo fija la vista de Ramiro en el hombre que se hallaba embozado y junto a la mesa, fijó en él sus ojos, se dirigió hacia él, retrocedió con un repentino instinto de horror al acercarse, teniendo agarrado siempre de la mano a Ramiro.

—E! maestro! gritó Ramiro.

—Vos aquí, señor! dijo arrojándose a sus pies el prior, ¡perdon! ¡perdon! Ya habeis escuchado la pena que me ahoga, Ramiro es inocente, y yo solo el culpado, vedme besar, señor, el suelo que vuestras plantas tocan. Si ayer noche en Uclés se tremoló el estandarte de Alfonso XI, si Ramiro en su defensa convocó al pueblo, fué víctima de su obediencia a mí, de mis ilusiones. Si su crimen, señor, es enorme, ve! señor, que su edad es tan poca que bien puede disculparle vuestra generosa piedad. Si queis hacer una justicia que aterre a Castilla, haced que la sentencia de Ramiro se cumpla en mi persona.

Vasco permanecía inmóvil.

—¿Y que, volveis la cabeza? ¿no hablais? Os detiene la impunidad que habeis ofrecido a los que conmigo se alzaron en el castillo; yo os devuelvo, en cuanto a mi vuestra promesa, yo la rechazo, si no os compadeceis de él, dolo de mi ancianidad achacosa; si dais muerte a mi Ramiro, me condenais a vivir entre mortales congojas, porque mi vejez descansa en él. Mandadme matar a mí, y antes de morir pregonará mi lengua vuestra generosa piedad, os bendecirá en mi postrer momento, pero hablad, señor, hablad, vuestro silencio hiela mi sangre y acaba con mi existencia.

Vasco meneó lentamente la cabeza haciendo un signo negativo.

El prior con voz mas lenta, prosiguió:

—El mundo es un desierto, una soledad espantosa para mí, donde triste y sin placer pasan los días. Desde que pasó mi infancia, la mano consoladora de una madre no ha enjugado mis lágrimas, ni en torno mío bullen dando movimiento y vida, hermanos ni parientes. Ministro del Señor, pasó la aurora de mi vida sirviendo al Señor en los altares, combatiendo a los enemigos de su santo nombre en los campos, el báculo de mi vejez era Ramiro, él es el rayo de sol que ilumina la noche oscura de mi vida, el que el desierto de mi casa lo trocó en grata morada, en cuyo porvenir me ocupaba sin cesar. Habré de llorar y sobre la fúnebre losa de mi hijo, cuando entre sus brazos contaba lanzar su último suspiro. ¿Teneis sed de sangre, Vasco! verted toda la mia, pero por Dios, de Ramiro no derrameis ni una gota! ¡Le amo tanto! ¡Piedad!

Viéndole el maestro sin voz, anegado en llanto, tendido en el suelo a sus pies:

—Seré justo y fiel a mi palabra, le dijo, la impunidad os está prometida, pero no a este joven; se necesita un ejemplo severo. Dos de los mejores de mis caballeros, han sido muertos en el ataque de la torre. Si porque sois lo que sois, si por que llevais la cruz roja mi venganza no os puede alcanzar, en vuestro amor a ese joven quedará vengado. Ese joven morirá, y su muerte será pronto.

—No condeneis mi alma a la tortura mil veces mas penosa que la que el verdugo aplica al reo, no bagais, señor, que blasfeme de Dios con impia boca. Haced que el hacha del verdugo caiga sobre el verdadero culpable, no sobre un inocente niño, que apenas pisa los umbrales de la vida; ¡Dios mío! ¡Dios mío! conmoved su corazón, misericordia, perdon!

Y al mismo tiempo se arrastraba a los pies del maestro que intentaba volverle la espalda.

Ramiro que hasta entonces habia permanecido frío, silencioso, mudo espectador de un debate en que se trataba de su vida, no pudo por mas tiempo contener su indignación, y haciendo levantar al prior,

—Basta de suplicas, padre, le dijo con voz firme. ¡Vive Dios! que todos los días de mi vida no valen el que así os humilleis a ese hombre que ultraja vuestras venerandas canas, él, que de ser religioso y caballero blasona. Le proponeis un cambio que no puede acomodarle ni a él ni a mí; a él porque tiene necesidad de vengarse de vos, a mí, porque no me importa el morir, y veros llorar mi muerte es mi desdicha, mi pena mayor. ¿Qué he de hacer yo de la vida? Para qué me ha de servir si al perder nuestra empresa he visto rotas todas mis esperanzas, mis esperanzas que vos mismo, padre mío, no conociais. Amo a la huérfana de un altivo y poderoso caballero. Ser dueño de ella un día era toda mi ilusión, yo idolatro a doña Leonor, la pupila de doña Sancha.

—¿Amáis a Leonor? dijo el maestro saliendo de su impasibilidad, la pupila de doña Sancha!... ¿y ella?

—Y ella, continuó Ramiro hablando friamente con el prior, me adora, yo he escuchado la confesion de su pasión.

—Vive Cristo! gritó irritado el maestro, que mentis, y que sois sobrado audaz. Ningun pechero pudo ni a sus pies servir de alfombra, cuanto mas cautivar su corazón.

—Ese amor es toda mi dicha, mi placer, mi ilusión, continuó Ramiro, aspiraba a distinguirme, a merecer del rey la merced de caballero, a ser digno por mis hechos de ofrecer un nombre ilustre a mi Leonor, a que me tuvieran por bueno y por hidalgo de honra, mas el destino me ha sido fatal, y si vivo, mi vida sin la esperanza de obtener su mano es morir. Dejadme, padre, que muera, pues que los que nacieron condenados a sufrir, solo en la tumba reposan.

El prior escuchaba sorprendido a Ramiro, le oía hablar como un hombre, y siempre le habia mirado como un niño: al oír su voz dulce y juvenil quedaba sumergido en una contemplación fija, dolorosa, inerte, estaba con la cabeza vuelta hacia su hijo, pero siempre de rodillas a los pies del maestro.

—No le matareis, señor, dijo despues de un momento de silencio, la muerte debe de ser horrible para quien el amor sonríe en la primavera de la vida.

—Habeis acabado de confesar a este joven? dijo Vasco, terminasteis, ¿sí o no? Me importa acabar esto.

Al mismo tiempo el maestro tocó su pito de plata. Salieron dos hombres, que se apoderaron del anciano prior, y otros dos para conducir a la muerte a Ramiro. En vano luchó el anciano por libertar a su hijo adoptivo, sus débiles fuerzas se estrellaron en los robustos brazos de los soldados del maestro.

—Pongo al cielo por testigo, gritó con voz apagada y trémula, que un horrendo crimen se comete en las sombras de la noche, un abominable asesinato! La justicia de los hombres a quien toca juzgar los delitos de los hombres, aun ignora su delito; la justicia del cielo no ha podido aun absolver a ese joven por mi boca, y perdonar la iglesia como tierna madre sus faltas. Sacrilego asesinato sobre el que ha de caer la maldición de Dios y de los hombres!

—Gritad mas enhorabuena, dijo con desden el maestro, ni esos verdugos os oyen, ni esas paredes de roca.

—¡Maldición!.. gritó entonces el anciano reuniendo



todas sus fuerzas.... Si, hoy la arroja sobre tu frente un anciano á quien han hollado tus plantas como á un venenoso reptil. Reptil seré venenoso, que oculto en las verdes hojas, mordiendo el pie mate al que insolente le toca. ¡Maldicion! ¡Si hoy orgulloso me has visto servir de alfombra á tus pies, mañana hollarán mis plantas tu arrogante cabeza!

Salió apresuradamente don Mendo de la estancia.

El maestro un momento aterrado al oír la inspirada voz de aquel anciano venerable, pasóse la mano por la frente como para apartar de su cabeza la maldicion, y acordándose en aquel instante de que aquella noche era la señalada como término irrevocable para cumplir sus promesas á Isabel, dijo retirándose á su estancia para acudir á la cita que habia dado en una de las capillas de la iglesia:

—¡Hoy es la víspera de la Encarnacion! ¡Trocáronse los papeles, ahora me toca á mí el ir á la cita de Leonor á detestar á mi vez y maldecir!

## VI.

La alarma que causó el alzamiento y las noticias de su represion eran sabidas de todos. Leonor temblando por la suerte de Ramiro se consumia en una ardiente fiebre. Pálida, moribunda en su lecho, recibia los consuelos de Isabel en un estado completo de abatimiento y postracion.

Isabel á pesar del dolor que penetraba su corazón al ver el triste estado de su amiga, veia aproximarse temblando el momento que iba á decidir de toda su vida, el momento en que iban á devolverle su hija, aquella pobre niña que tanto habia amado, que habian arrancado de su seno; besarla, bendecirla y morir luego eran los deseos de toda la vida de Isabel. Se dirigió apenas las sombras de la noche habia estendido su manto, á la iglesia conventual de Uclés.

Casi al salir de su estancia un hombre entregó á Isabel un pergamino. Tomóle Isabel con un gesto de preocupacion, detúvose un momento, fijó sus ojos en las primeras palabras y conmovida leyó con avidez todos los renglones.

«SEÑORA:

«No sé que va á ser de mí. ¡En onmbre de Dios y de cuanto hay de mas sagrado para vos en la tierra, salvad la vida de Ramiro, del que era mi hijo! Está en poder del maestro y va á morir, vuestra intercesion debe de ser poderosa. Yo no sé cuales son vuestras relaciones con el maestro, pero vuestro nombre, vuestra presencia, ejerce sobre él un poderoso imperio. ¡Sois mi única esperanza!!»

Mendo habia escrito precipitadamente estas palabras que dirigia á doña Sancha, y que el recadero con quien las mandaba entregó á Isabel.

—¡Ah! yo lo salvaré, exclamó, bondad ha sido del cielo el que esta carta llegue á mí en el momento en que voy á tener una entrevista con Vasco. ¡Ah! si muere Ramiro, muere Leonor!

Dirigióse impaciente á la iglesia, cuya plaza se hallaba tan solitaria por los sucesos extraordinarios del dia, como la iglesia misma. Dirigióse á la capilla del apóstol Santiago, cayó de rodillas sobre los frios mármoles del pavimento, agoviada con la doble emocion de encontrar la hija de sus entrañas y salvar el objeto del amor de su amiga. Como los grandes maestros vivian en el convento, tenian una comunicacion interior que conducia desde la parte que les servia de palacio á la iglesia. Isabel, agitada por un movimiento febril primero, y despues postrada por el abatimiento de todas sus facultades, no oyó abrir una puerta detrás del altar. Al ruido de pasos que se detenian, y á la sombra que proyectaba un hombre que se paró delante de ella, se estremeció, y levantándose con un movimiento

lleno de terror, conteniendo una exclamacion de horror se halló cara á cara con Vasco.

Aquel hombre y aquella muger no se habian vuelto á ver juntos y solos desde su primera entrevista el dia de la eleccion del maestro, habian mantenido desde entonces una lucha terrible, continua, secreta, pálida él, pálida ella, se vieron y no se miraron, bajaron los ojos y permanecieron en silencio.

Al fin Vasco con voz sombría despues de haberse asegurado con una rápida y escrutadora mirada de que se hallaban solos en la capilla, dijo:

—¡Ya estoy aquí! ¿qué me quereis?

Faltáronle las palabras á Isabel, vacitó un momento y hubiera caído en el suelo á no apoyarse sobre la maciza balaustrada de marmol del altar, y haciendo un esfuerzo respondió:

—Harto debeis saberlo.

—Harto si, lo sé, señora. Me lo habeis repetido mil veces, no ha transcurrido un solo dia sin que hayas hecho que llegasen á mis manos tus imprudentes billetes, ó que ante mi vista alzases tu frente amenazadora. Si me presento ante el pueblo, se estremece mi corazón porque temo que ante él vas á revelar mi secreto. En el sόlo maestral cuando me acatan las gentes, me haces temblar de pavor porque pienso van tus labios implacables á formular mi denuncia. Si por la noche se cierran mis cansados párpados y en mi débil mano apoyo mi cabeza fatigada, tu imagen terrible viene á ahuyentar mi sueño, y la aurora me sorprende batallando entre mil dudas. Enemigo infatigable, delante de mí á todas horas, eres en todas partes mi suplicio, mi tormento, mi sombra.

—¿Y por qué tú, fementido, no has cumplido tu promesa? ¿Por qué estás indeciso creando obstaculos, por qué pierdes ahora mismo el tiempo en hablar? El plazo fatal se ha cumplido hoy. Devuelve la hija á su madre, ¿ó intentas aun burlar mis deseos? Quiero oír solo una palabra, ¿qué tardas en pronunciarla?

—Esa palabra que quieres oír es mi única salvaguardia, porque para mí no tienen crédito tus juramentos. Si llevo a pronunciarla, si te entrego hoy á tu hija, con ella me arrancas el alma, pues tú la llevarás lejos de mí donde no alcance mi poder, donde no se obedezcan mis leyes, y si te quedases en Uclés, ¿qué freno podria contenerte? Mira cual he sufrido por ti, mira arrugadas mis sienes, cambiado mi rostro, encanecidos mis cabellos, repara los profundos surcos que han dejado las lágrimas en mis mejillas; con tanto sufrir está mi cuerpo débil y encorvado. Cuánta mudanza en pocos días! Los caballeros alegres al verme en el capitulo, calculan próximo el dia de elegir otro maestro.

Aquel hombre tan altivo, tan cruel momentos antes con el anciano don Mendo, pedia compasion á una muger y casi se la inspiraban sus palabras, pero dominando este sentimiento, le contestó Isabel:

—Hablas de tus tormentos, ¿no te estremecen los míos?

—No has vendido cien veces mi amor. Mientras tú en la cumbre del poder saboreas los placeres de la ambicion, yo sola, infeliz en el mundo ¿no lloro amargamente? ¿Qué me importan á mí tus lágrimas, ni que el dolor haya arrugado tu frente? Pretendes retardar con falaces palabras tus promesas, y hoy se han de cumplir. Mi hija! mi hija al punto!

—Mi hija, mi hija siempre! ya de oírlo estoy cansado. No te ocurre que yo soy el gran maestro de Santiago, que todo lo puede en Uclés y que tú estás en Uclés?

—No me inspira miedo alguno, replicó Isabel con una amarga sonrisa, tu adusta y altiva frente. Ni como Vasco te temo, ni como gran maestro; ni á solas aquí en esta capilla contigo, ni cuando fui al capitulo á verte el dia de la eleccion, ¿lo recuerdas? A haber consistido en ti ya me hubieras dado muerte, pero es mi salvaguardia un documento, vivo testigo de tu crimen, que puede hundir



tu grandeza. Tú no sabes dónde está, cual yo no sé donde tienes a mi hija... y aun muerta yo, vivirá esa prueba solemne, terrible, y a otro no podrá contener el recobrar a una hija, como me contiene a mí. Ya ves que con estas armas no puedo tenerme miedo?

El maestro la miraba en silencio, en sus ojos se marcaba un odio indefinible: Isabel mantuvo en él clavadas sus miradas atrevidas, despreciativas y con tono imperioso repitió:

—Mi hija!

—Y luego ¿quién me responderá de tu silencio? No estarás siempre a mi lado con tu fatal secreto siempre como una cortante espada suspendida sobre mi cabeza? Y en cambio de tu silencio no exigirás de mí favores y después otros y otros sin cesar.

Isabel que ocupada toda con el pensamiento de su hija había olvidado a su amiga y su amante, se acordó de él con las palabras de Vasco. Tomando un aire de indiferencia

—Dices bien. Una gracia tengo que pedirte. No creas que sea importuna ni te pida otras. Lo juro, y sabes cuán fiel he sido a mis juramentos. Exijo que al mismo tiempo que me devuelvas a mi hija, me otorgues la vida de un hombre que tienes preso en tu poder.

—No lo decía yo! exclamó Vasco, se cumplió lo que yo pronosticaba. Con mi hija me darás la vida de un delicado. Después me concederás tal favor, tal gracia, tal petición, y luego lo de siempre, amenazas con el secreto fatal. Concluyamos de una vez. ¿Quién es aquí el gran maestro? ¿o pretendes también regir la orden, presidir el capítulo, vestir la cruz de Santiago y que te se entreguen las villas y fortalezas?

—Así te mueve a cólera tan sencilla petición? Mi supplica no merece tan pronta repulsa. Yo he sufrido las dilaciones que has querido poner a la entrega de mi hija, y tengo derechos para pedir...

—Siempre tus derechos! mas tambien yo tengo los míos y sabré sostenerlos. Tan solo en mi poder hay prisioneros cuatro rebeldes. ¿Acaso los habrás protegido tú contra mí en su loca empresa? Lo siento mucho, pero su vida ó su muerte no depende de ti.

En el aire sombrío y en el gesto terrible que hizo el maestro al pronunciar estas palabras, comprendió Isabel toda la inminencia del peligro, replicó con ademán suplicante.

—Su vida, su vida pido, porque de su vida pende otra muy cara para mí.

Miróla con aire de triunfo el maestro gozoso de ver aquella muger que tanto le había hecho temblar, suplicar y casi desfallecida.

—¿Acaso sería tu amante alguno de esos rebeldes?

—Tan solo he amado una vez, dijo Isabel irguiendo la cabeza con dignidad. El amor buyó para siempre de mí. Mas noble, mas puro es el sentimiento que me mueve a suplicarte.

—Tu hija y el perdón de la vida de un hombre, son dos cosas que pretendes. Yo debo tan solo una. Elige: ó tu hija ó la vida del reo.

Isabel quedó indecisa, muda.

—Una cosa u otra, escoge.

—Horrible elección! horrible que mi alma no puede hacer. ¿Quieres que acaso reniegue la amiga de la madre ahora? O jamás vuelve a mis brazos la hija de mis entrañas, ó ese desgraciado joven y su amante infeliz mueren.

Quedó abismada en su dolor Isabel. El maestro que vió la posibilidad de rescatar la terrible prueba, objeto de su continuo-miedo, por la vida de uno de los rebeldes que temblaba de que sus órdenes no hubiesen estado ya cumplidas, y que cada minuto que pasaba era de un valor inestimable, dijo á Isabel como el diablo tentador para que decidiese:

—Pues no quieres que la amiga hoy de la madre renie-

gue, contempla que tu silencio causa la muerte de ese hombre, mira que tal vez toca ya en su hora fatal, que á cada minuto ahora una eternidad se pierde. Piensa que ya el verdugo levanta el hacha sobre su cabeza que va á caer al suelo entre un raudal de sangre. ¡Ah! es horrible la muerte que dá el verdugo! Nuestra hija á mi sombra, pasará feliz y contenta su vida, rica, cercada de adoradores y placeres. Isabel decide pronto. O tu hija, ó el perdón del reo. Mira que en cada minuto una eternidad se pierde. Habla!

Isabel en el colmo del dolor, titubeó un instante, estendió los brazos como para buscar un apoyo, y haciendo un esfuerzo violento, rompió su triste silencio diciendo:

—¡La vida del hombre!

—¿Su nombre? su nombre en breve, gritó con ansiedad Vasco. Isabel, pronto, dimelo, mira que quizá muere ahora!

Isabel entreabrió los labios, y como un débil suspiro, pronunció este nombre:

—¡Ramiro!!

—¡Ah! gritó alterado Vasco llevando con rabiosa desesperación sus manos á la frente, la maldición del prior ha caído ya sobre mí!

El maestro se había perdido por la priesa de vengarse. Todas sus esperanzas se desvanecieron. Hubiera querido en aquel momento que los rebeldes hubiesen vencido, y que se hundiera con calalleros y frailes la fortaleza, la villa y aquella muger fatal que tan obstinadamente le perseguía. Los cuarteles de sus blasones hubieran pasado puros á la posteridad, y no se viera su nombre cubierto con una infame mancha. Isabel continuaba abatida. Los ojos del maestro se fijaron en ella con una espresion de odio feroz.

—Pues que has elegido, sea. Aun no ha entrado la noche. Os mandaré al recadero de la orden, Ruy Perez, que encontrará al salir de la iglesia. El sabrá mi respuesta. No te digo mas por hoy, mañana hablaremos de nuestra hija.

Dió algunos pasos para salir, pero volvióse.

—Acuérdate bien, la dijo, mañana muy temprano me verás en tu estancia. Estaré en casa de doña Sancha antes que despunte la aurora.

Abrió la puerta secreta y salió satisfecho de su venganza, un momento le asaltó el temor de que á aquellas horas Isabel divulgase su secreto, pero aquella noche nada temía, porque el pueblo dormía aterrado, las calles y las plazas estaban desiertas, los caballeros reposaban cansados.

—Mañana, decía entre sí, iré á verla, le devolveré su hija, recogeré la fatal prueba y cerraré su boca!

A la puerta de la iglesia encontró Isabel al recadero de la orden, Ruy Perez.

Llegóse éste respetuoso á Isabel, que con voz vacilante y entrecortada por la viva emocion

—Os pido en nombre del gran maestro, le dijo, que me entregueis á Ramiro, debeis haber recibido sus órdenes, yo soy la muger de quien os ha hablado.

Miróla el recadero con aire de asombro, y entonces repitió Isabel:

—Os pido que me entregueis á Ramiro, el hijo adoptivo de vuestro prior.

—¿Y queréis verle vos? respondió el recadero.

—Sí, ahora mismo, al momento, al instante!

El recadero indicó con la mano el sitio de la torre de la puerta de Uclés cuyas almenas se divisaban desde la plaza al pálido crepúsculo de la tarde. Isabel siguió con sus miradas la señal del recadero y vió sobre las almenas de la torre plantadas cuatro lanzas, y en la punta de cada lanza la cabeza de un hombre.

—¿Qué horror! exclamó cayendo desmayada al suelo, ¿es acaso su cabeza?...

—Sí, respondió Ruy Perez, es la primera de la derecha mirando desde aquí!!



## VII.

Isabel pasaba las primeras horas de aquella noche sombría sin esperanza, y de un indefinible dolor junto al lecho de su tierna amiga Leonor, que en medio de terribles convulsiones parecía que de un momento á otro iba á exhalar el último suspiro. El prior don Mendo había venido á su estancia, y aquel infeliz anciano que tanto había llorado, tanto había sufrido en pocas horas por su hijo adoptivo, la consolaba, y temblaba viendo á Leonor víctima de su amorosa pasión.

—Mis ojos ya no verterán mas llanto, le dijo, llanto inútil que no es bastante á volver á la vida al hijo mío. Dad tregua al llanto, señora; de esta sangrienta noche yo pediré cuenta al maestro antes de que brille la primera aurora. ¿Podrá con una vida sola espiar tantos crímenes?

—Cuando humilde le imploraba, dijo Isabel, y me prometía la vida de Ramiro, cuando mi corazón se abría á la esperanza, el bárbaro se gozaba en mi agonía. Me ha ofrecido venir al amanecer á esta estancia misma, pero don Mendo, temo su furor criminal, pues le interesa que yo desaparezca de la tierra.

—No tengáis miedo, tranquilizáos.

—Debe venir al amanecer, repitió angustiada Isabel.

—Entonces yo estaré también aquí para esa hora. Tengo en mi poder la llave de esa oculta escalera, vendré y oiré, y antes de que pueda amagaros el menor peligro, me presentaré delante de él y temblará. La sedición popular mal reprimida duerme, y esta noche es ocasión de despertarla. La empresa abortada ayer ha hecho desmayar al pueblo, pero mañana las huestes del rey estarán á la puerta de Uclés. Acabo de recibir aviso de Alfonso que se vió precisado á retrasar un día su movimiento. Ay, cuan caro nos ha costado su tardanza! Mañana Uclés le abrirá sus puertas. ¡Ya está próxima la hora de la justicia de Dios, y vereis como los dos hallamos justicia!

Abrió don Mendo una puerta oculta, practicada en el muro de la estancia y desapareció.

Leonor pasó la noche en un terrible estado de agitación. Muy cerca del amanecer un accidente repentino terminó su existencia, no sin haber maldecido antes repetidas veces al maestro, que había sacrificado á Ramiro.

Su amiga se arrodilló, fijó sus ojos en ella, pero su mirada era insensible, podía ver todo, y no veía nada delante de ella. Sin saber por qué, á aquella joven que había conocido hacia pocos días, la miraba con un amor, con una especie de culto que parecía hacer de ella una divinidad. Depositó en sus descoloridos labios cerrados para siempre un tierno beso maternal en el que se resumían á la vez todos sus sufrimientos pasados, todos sus dolores presentes, todo el pesar é incertidumbre de su porvenir, como en un caliz de inconcebible amargura. Besó aquellos ojos cuya mirada por tanto tiempo había buscado. Eran los últimos obsequios que la prodigaba su amor! —¡Piadosa muger en el sepulcro, enterraba en él su amor!

Aun no había despuntado el alba cuando un hombre cuidadosamente envuelto en un ancho manto negro, atravesaba las desiertas y solitarias calles de Uclés. Llegó á la morada de doña Sancha, abrió una pequeña puerta con una llave, cerróla despues tras sí con cautela, y subió por una estrecha escalera, atravesó con aire altivo, y como de un hombre de casa varias habitaciones y llegó á la estancia de Isabel. La puerta estaba cerrada. Titubeó un momento, y llamó despues con el pomo de una espada. Nadie respondió. Llamó segunda vez y tampoco respondian. Repitió los golpes y con mas fuerza por tercera vez.

Isabel había caído de rodillas agoviada de dolor jun-

to al lecho de la infeliz Leonor, y permanecía en aquella postura. Había permanecido así sin voz, sin conocimiento, sin pensar en nada, porque el estremo de su sentimiento le hacia no sentir nada, era un embotamiento del alma, un desmayo interior, un letargo del corazón. A los primeros golpes que oyó se estremeció. No le ocurrió la menor idea de quien podría ser. Sus oídos escucharon solo. Llamaron nuevamente y tuvo miedo, el miedo de instinto inesplicable procedente de la debilidad del sufrimiento, de la noche y del insomnio. Sus ojos vieron entonces delante de sí un cadáver, su memoria la acordó que el gran maestro debía venir á devolverla su hija. —Corrió precipitadamente las cortinas del lecho, y acudió á la estancia para abrir la puerta.

Isabel estaba de pie en medio de la estancia cuando entró Vasco. A su aspecto retrocedió Isabel hasta la pared horrorizada. Vasco arrojó el manto y el sombrero y se sentó en un sillón con la mayor tranquilidad.

—¿Qué venís á hacer aquí? dijo Isabel.

Aquella muger que un momento antes no podía ni lanzar un débil suspiro, lanzó estas palabras con un eco amenazador é indignado.

Mirola con sorpresa Vasco y exclamó:

—No estés enojada. No te podía conceder, el cielo lo sabe, Isabel, el indulto de Ramiro, ya había muerto entonces, de otra manera en el cambio no vacilara ni un instante. Si el recadero á tus ruegos, ese hombre llegó á mostrarte, fué porque vieses por tus propios ojos la sinceridad de mis palabras; Ramiro había ya muerto! Ahora vengo á cumplir mi palabra.

Isabel guardó el mas profundo silencio.

—Concibo el furor que ayer tendrías contra mi viendo burladas tus esperanzas, en fin, furor de muger. Hoy al venir á devolverle tu hija cuento, con encontrar la gratitud de una madre.

Nada respondió Isabel, aguardó en vano Vasco su respuesta, y continuó:

—Ya hace tiempo que yo debiera estar acostumbrado á ver con que sin razon é injustamente me tratas. Cuando mis padres un día me dieron la noticia fatal de tu muerte, vestí un año luto triste por honrarte. Libre ya, quise cual bueno, cual noble, hacer guerra á los moros, me alisté en la milicia del Santo Apóstol. ¿En qué hay crimen aquí, Isabel? Te arrebataron tu hija, á mí me dijeron que quedó abandonada por tu muerte. La he educado cual tierno padre, la profeso el mayor amor. ¿Y por eso has de quejarte? ¡Has llegado á abrumarme con tus ruegos, con tus amenazas, y hoy mismo voy á separarme de mi hija querida, y te la entrego á ti que ni aun sabes con qué nombre la has de llamar, que no puedes amarla! Con ella te doy mas que mi sangre, pues me destrozo el corazón, y todo para comprar que calles un secreto fatal, para redimir mi vida de tormentos y librarme de que á tu antojo me arrastres encadenado.

Calló. Irritado con el obstinado silencio de Isabel, continuó:

—En fin, habla claro que yo lo oiga, ¿quieres á tu hija, sí ó no?

Esta pregunta llegó súbita al alma de Isabel como la repentina luz de un relámpago en medio de una noche de tenebrosa oscuridad.

—Quiero mi hija, respondió:

—Venga la prueba con que me amenazabas. Es un cambio.

Isabel por una impulsión maquinal y como si obedeciese á un mágico poder, atravesó la estancia, sacó de un armario un pergamino arrollado.

—La prueba! dijo Vasco.

—Mi hija! contestó ella.

Quedaron los dos mirándose con aire de desconfianza, y en sus ojos se leían mil dudas, mil odios, guardando Vasco sus palabras, guardando Isabel su prueba.



—Soy hombre de honor, dijo Vasco al fin, rico hombre y no trato de engañarte. La hija por quien hoy muestras tanto amor, tantos afanes, y de la que ignoras aun el nombre, pasó su primera infancia en Leon á la vista de su padre, criándose regaladamente y con todo esmero, pasando por hija de un rico-hombre respetable, muerto en la guerra contra los moros de Córdoba. Si he fingido antes que se hallaba ausente, fué porque temblaba penetrases mi secreto. Creció en juveniles años, é imagen del amor, por ella han suspirado en vano los mas apuestos y aguerridos donceles de la corte. Para guardar su inocencia cual amoroso padre, la busqué una señora respetable, ilustre por su cuna, santa por sus costumbres. Ann así, y solo despues de una esperiencia constante de diez años, no me resolví á confiarle un secreto, que jamas escuchó el oído de nadie, y que hasta hoy permaneció inviolable.

Detúvose un momento Vasco.

—¿Me comprendes?

El alma de Isabel pendia de sus palabras, retenia hasta la respiracion por no interrumpir su relacion.

—¿Comprendes ahora? Mi hija, la hija nuestra, está aqui mismo al lado de su madre..... y doña Sancha es la amiga respetable que....

Estendió el maestro la mano, Isabel casi desfallecida dejó que tomase el pergamino, que se puso á leer con la mayor avidez.

Isabel cayendo de rodillas con el mayor sentimiento decia interiormente:

—Llora, llora madre infeliz y desgraciada, que si hoy encuentras tu hija la encuentras cadáver! La que siempre de mi cerca, yo la creia lejos, que poseyendo todo su amor me afanaba en buscarlo! Conociéndola, é ignorando que era ella, con una sola palabra pudo haber desaparecido la barrera que separaba tanto tiempo á la hija de la madre, separacion eterna ya! ¿Qué me resta en el mundo ya mas que mis pesares? Pereció cuanto yo amaba sobre la tierra, la hija que debia yo bendecir al cerrar mis ojos. Llora, madre infeliz y desgraciada!

El maestro que habia estado muy ocupado en la lectura del pergamino, dijo:

—Nos hemos pagado y...

—Aun no, contestó Isabel, mal que te pese, has de escucharme aun. Yo no sé qué cruel destino llegó á ligarme contigo. Seducida por ti un dia, me abandonastes pérfidamente, el cielo en medio de mis desdichas, me habia concedido el ser madre, y tus gentes arrancaron de mi seno á mi hija. Tú has herido mi corazon con una herida que jamas podrá cicatrizarse. He vagado errante por el mundo en busca de mi hija, y una poderosa, infernal atraccion, me ha aproximado á ti. Para mí, débil muger, eres mi hado inevitable, eres un faro vacilante, cuya luz me engañó, y á los escollos del mar me ha atraído para hacerme perecer estrellada en ellos. Yo te creia muerto, y te hallo vivo en Uclés, mi alma ha venido á quebrantarse en tu fatal influencia. Encerrada en tu órbita, astro fatal mas brillante, has sido siempre para mí astro de muerte y de sangre. Mi existencia terminará sin que me espante la muerte, porque la eternidad no es nada al lado de mis pesares.

Interrumpióse á sí misma despues bruscamente.

—¿No dijiste que amabas á tu hija?

—Mas que á mi vida, mas que mi propia sangre! Daria mi honor, mi gloria porque no se apartase de mi lado. Si disputé dia por dia el terminar tus afanes, fué porque no sacases de Uclés á Leonor.

—Quedará tu hija en Uclés. No acompañará á su madre.

—¿Cuán buena eres, Isabel! ¡Oh padre venturoso!

El maestro alzaba las manos al cielo como en espresion de sorpresa, gratitud y reconocimiento, cuando Isabel descorriendo rápidamente la cortina que cubria la

estancia en que habia espirado pocas horas antes Leonor, le enseñó el pálido cadáver de la desgraciada jóven.

El maestro con voz terrible gritó:

—Tiembra, Isabel! Un asesinato! tu crimen juzgará el padre y el maestro.

—Si, Vasco. Aqui hay crimen, crimen enorme, execrable, asesinato nefando y de que un ángel es víctima. Mas mis manos están puras, tu has manchado las tuyas con su sangre..... No me interrumpas y escúchame hasta que acabe. Ramiro amaba á Leonor, y Leonor amaba á Ramiro, este amor era toda su vida, y tú la has muerto al matarle. Con un solo golpe del hacha de tu verdugo has cortado dos vidas. ¡Gózate en tu obra!! Tú eres el asesino!

Vasco en el mas vivo dolor cubrió su rostro con ambas manos. Sus inflexibles entrañas se conmovieron y las lagrimas que se agolpaban á sus ojos salian por entre sus dedos. Olvidó la muger que estaba allí delante contemplándole.

—¡Dios mio! ¡Dios mio! Ahora recuerdo que en mi palacio y en su postrer instante Ramiro me confesó que Leonor le amaba. Recuerdo tambien que miré su amor como un ultrage. ¡Oh! Ya cae sobre mi frente la maldicion del prior!!

—La maldicion del prior, teme que aun otra te alcance. ¡Al espirar te ha maldecido Leonor, y yo tambien te maldigo! Que en tu infame frente el cielo esta triple maldicion grave con letras de fuego!

Isabel se arrojó á los pies del cadáver de Leonor cuyas manos cubria de besos.

—Leonor, hija de mis entrañas, esclamaba con dolorido acento, de hoy mas pasará mi vida retirada del mundo llorando por ti y por Ramiro.

Un momento antes la secreta puerta practicada en el muro por donde habia salido el prior, se iba abriendo dejándose ver éste que paso á paso vino á colocarse detrás del maestro, éste lanzando una mirada de odio y desprecio á Isabel.

—Adios te queda, la dijo. Adios hasta la muerte! Nos separamos sin que nada pueda ligarme á ti. Este pergamino me hace libre. Si de hoy mas á los ojos del mundo osas decirte esposa mia, tú verás como te confundo y aniquilo como á este documento las llamas....

Estendió el maestro el pergamino y al colocarlo sobre la luz de la lámpara para quemarlo, el prior se lo arrebató. Un terrible temblor se apoderó de todo su cuerpo.

—¡Es tarde! gritó el prior, retirándose con el pergamino.

Al mismo punto una multitud de hombres armados invadieron por la puerta secreta la estancia, al mando de un jóven que era un amigo y compañero de Ramiro. Blandieron sus puñales sobre la cabeza del maestro, que consternado con tantas emociones cayó al suelo. Isabel se desmayó.

El jóven que acandillaba á los parciales del prior, impidió que le diesen muerte.

En tanto que esto pasaba en la estancia de Isabel, la poblacion se hallaba toda en alarma. La hueste de don Alfonso XI se habia presentado delante de Uclés. Los caballeros adormecidos en la seguridad de haber triunfado la vispera de sus enemigos, y sorprendidos de repente, faltos de la presencia del maestro, se sometieron á las intimaciones del rey. El maestro fué suspendido de su maestrazgo el mismo dia, y don Mendos dispuso que lo llevasen á Ocaña, descalzo, atado como un vil malhechor. Isabel le perseguia siempre con su maldicion. Halló medio Vasco, de escaparse en el camino sobornando parte de su escolta, y yéndose al castillo de Montanchez, tomó el tesoro de la orden y algunas alhajas que los maestros habian depositado, y pasóse con ello á Portugal. Isabel terminó inconsolable el resto de su vida en un monasterio.



## VIII.

En Ocaña, don Mendo presidia el capítulo de la orden de Santiago. Pusieron acusacion contra don Vasco dos caballeros, y consta en los anales de la orden de que le acusaron de concubinario, de haber labrado moneda falsa, de delito de lesa magestad, ladron del tesoro de la orden y tráfuga á Portugal. Los acusadores afirmaron que podian probar estos delitos, y sin mas trámites, sin mas

informes, el capítulo dió sentencia de deposicion. Estaba juzgado de antemano, convenia á Alfonso XI que estuviere vacante el maestrazgo de Santiago.

Toda la corte, todos los caballeros de Santiago estaban reunidos en la iglesia de Ocaña. Iba á tomar el hábito de Santiago un niño de siete años, don Fadrique, hijo del rey. Allí estaban sus hermanos el infante don Pedro, y Enrique de Trastámara y don Tello. Fadrique iba á ser elegido despues maestre de Santiago.—Allí estaba



LO APROBÓ Y DIÓ SU SANTA BENCIÓN AL ELEGIDO.

toda la familia del rey don Alfonso XI. El niño Fadrique que debía un día de ser asesinado en el alcázar de Sevilla por la orden y á la vista de su hermano don Pedro! Don Pedro que debía morir asesinado en lucha fratricida por el puñal de Enrique de Trastámara en los campos de Montiel!

Fadrique fué elegido gran maestre de Santiago. Alfonso XI envió una embajada al papa Clemente VI, solicitando la aprobacion del nombramiento. Alfonso era uno de los reyes que mas servicios habian hecho á la cristian-

dad combatiendo á la morisma, y respetando la Santa Sede.—El papa recibió con júbilo el nombramiento de un gran maestre de siete años, lo aprobó y dió su santa bendicion al elegido, no obstante de que le faltaban todas las cualidades que requerian los estatutos. Por este y otros sucesos comenzó ya á decirse en aquella época: *Allá van leyes donde quieren reyes.*

J. MUÑOZ MALDONADO, CONDE DE FABRAQUER.

## ESTUDIOS DE VIAGES.

### LA CALAVERA.

Marcelo Kourbalof, hijo de una noble familia, se dedicó á la carrera militar; combatió honrosamente en el ejército ruso, y si no adquirió títulos y grados, salió al menos con una reputacion sin mancha y adornado de condecoraciones merecidas, ya que brillantes acciones, ó mejor dicho, grandes circunstancias, no se le presentaron para que su nombre fuese colocado entre los ilustres de su país. ¡Cuántos hombres grandes han pasado ignorados entre sus compañeros de armas sin serles dado brillar un solodía, y sin haber sido saludados una sola vez por la

suerte, la felicidad y la gloria! ¡cuántas águilas se elevarian hacia el sol, que mueren en las tinieblas! ¡Cuántas perlas en tierra habrian podido deslumbrar en una corona y permanecen escondidas en el fondo de los mares!

Kourbalof se había retirado del ejército por consecuencia de una grave herida, cuando ya no existian sus padres, por cuya razon se decidió á viajar. Disgustado de la vida en la cual no tenia papel alguno que representar, hubiera deseado al menos á falta de accion y de sangrientos encuentros, trágicas aventuras en que figurar; pero no, él no obtenia nunca en punto á las cosas que emprendia mas que triunfos vulgares, y en cuanto á desgracias mas que una mediana adversidad. Calma monotona y sin interés cuando hubiera preferido una ruina imponente á un desmantelamiento mezquino. Este deseo era vano,



pues el cielo de su vida no se había aun oscurecido con la poesía de las tempestades; en él no se hallaban mas que tinieblas.

El espíritu de Kourbalof, si tenía vastos campos cultivados, también encerraba otros muy vastos que aun estaban eriales. Su presencia era noble y gallarda, pero el azul de sus ojos tenía á veces una monotonía fatigosa, y si en su mirar se descubría ardor, era un ardor apagado que desanimaba. En él nada se hallaba defectuoso, pero tampoco nada que fijase la atención.

Kourbalof se había dirigido á Alemania visitando á Berlin y á Viena; recorrido las márgenes del Danubio, y estaba explorando la Hungría, cuando en medio de uno de los territorios mas salvajes y despues de un largo paseo á caballo, se extravió un día en los bosques. Era Marcelo excelente jinete, y queriendo obligar á su caballo á saltar una zanja, estenuado este de fatiga, dió una caída y le arrojó violentamente contra una roca: aturdido del golpe, Marcelo se levantó penosamente, pues su herida se había vuelto á abrir: reinaba una oscuridad tal como la del segundo día de la creación, antes que la luz fuese creada, y la sangre humedecía sus vestidos. Ignorando el lugar donde estaba y dirigiendo sus pasos á la ventura, salió á pie del enmarañado bosque y de pronto se presentó á sus ojos una luz lejana como una estrella de salud. La luz salía de una habitación aislada al pie de una pequeña colina, y Kourbalof se dirigió á ella reuniendo sus fuerzas, hasta que llamando á la puerta, quedó junto á ella casi desmayado y sin poder dar siquiera un paso mas.

Cuando algunas horas despues Kourbalof volvió en sí, se halló bajo un techo hospitalario acostado en una blanda cama, rodeado de semblantes en los que se pintaba la compasión, y asistido con el esmero de una madre por un hijo. Su herida había sido vendada, y detenida la sangre no presentaba peligro su vida; pero lo que mas cautivó su atención fué una bellísima joven sentada á la cabecera de su lecho. Llamábase Tamilia, sus ojos acariciaban aun antes que su voz comoviese, y el corazón de Marcelo empezó á latir, no echando menos en aquel momento los honores, la fortuna ni la gloria, nada envidiaba ya, pues comenzaba á divisar en lontananza la felicidad flotando en los sueños de su imaginación. Empezó á amar la vida, y le pareció que una voz podría decirle un día *yo te amo*; palabra quizás única en el mundo que puede labrar la ventura.

No se apresuraba Kourbalof en adelantar su convalecencia; al contrario la prolongaba cuanto le era posible, pues así alejaba el momento temido de separarse de su bella enfermera.

Cuando Marcelo dirigía á Tamilia miradas y palabras de amor, ella le escuchaba con aire triste, y frecuentemente fingía no comprenderlas. Timida, recelosa y lánguida, era dichosa con verse amada; pero parecía que temía llevar su pensamiento mas adelante. Siempre pensativa y melancólica, Tamilia era una de esas almas piadosas y solitarias, á las que nadie comprende si no es el cielo.

Kourbalof tomó su partido; supo que los padres de su amada, carecían de fortuna, pero que llevaban un apellido antiguo y sin tacha, y así habló al anciano Norberg de Varaslof y le pidió la mano de su hija. Norberg le respondió en estos términos:

—He prometido á mi hija el no imponerla jamás por mi elección un esposo; si obteneis su corazón, su mano será vuestra.

Kourbalof reparó que los ojos de Tamilia se dirigían á él con frecuencia, y que expresaban turbación y un dulce interés. El amor que es un sentimiento, es también un arte, y él había aprendido cerca de ella por instinto, el valor de una sonrisa fugitiva, de una palabra cortada y de una mirada misteriosa, y se había dicho á sí mismo:

*me ama*. Una tarde Marcelo y Tamilia se paseaban solos bajo las ruinas de un viejo castillo llamado *Basteraw* no muy lejos de su casa; un sentimiento religioso hacia que se hablasen en tono bajo, á lo largo de aquellas galerías destruidas, en las cuales, voces ilustres habían resonado en otros tiempos, y bajo las cuales habían latido nobles corazones. Hubiérase dicho que temían despertar entre aquellos restos alguna sombra espantable ó algun recuerdo amenazador.

—Si estas piedras pudiesen hablar, dijo Marcelo, cuántos misterios nos revelarían! ¡aquí en otros tiempos se habrá amado!

—Es muy posible, respondió Tamilia suspirando, y por lo mismo se habrá sufrido mucho.

—¿Por qué?

—Porque amar es sufrir.

—¡Oh! no, Tamilia, amar es vivir.

—Y bien, la vida es el sufrimiento.

—No siempre, respondió Kourbalof, vos me habeis probado lo contrario.

—¿Creeis que se habrá amado bajo estos muros?

—¡Ah! yo creo que en ellos se ama aun.

—Callad Marcelo, dijo la misteriosa joven, esas son palabras que abrasan, y estamos entre los muertos. La frialdad sola es la que conviene á los sepulcros.

—Tamilia abandonemos las ideas funebres; vos habeis cambiado mi naturaleza; ambicioso antes, no soñaba sino en las dignidades, hoy tierno y lleno de afecto, no pienso sino en la paz y en el retiro; ya no echo menos las grandezas. ¡Oh! la yerba regada por la lluvia y calentada por el sol podría tener envidia á la encina combatida por los vientos, á la roca herida por el rayo...

—¡Ay! respondió Tamilia, el fuego que cae del cielo para quemar los palacios, puede también abrasar la cabaña.

—La nuestra será preservada: sí, la nuestra, Tamilia; ¿No lo sabeis? he pedido vuestra mano, y se me ha respondido que solo vos dispondriais de ella, ¿rehusaríais ser mía? yo no se espresar mi amor como lo haria otro, no he aprendido á agradar, pero atravesaría con placer por vos la noche de las tempestades, y la metralla de los campos de batalla; tengo necesidad de un ser que me ame; ¿quereis un afecto decidido y la felicidad? pues contadme vuestra suerte. Tamilia escuchaba atentamente á Kourbalof, y no obstante como sumergida en una cavilación dolorosa, dirigía á su alrededor una mirada inquieta y distraída.

—¡Marcelo! dijo de repente, yo tengo un secreto en el fondo del alma.

—¿Un secreto! reveládmelo.

—Pero puede destrozar vuestro corazón.

—¿Y el vuestro no?

—Ya lo está, Escuchadme Marcelo. A cuatro pasos de estas ruinas está el castillo de Waldesor.

—Bien lo sé; ese castillo pertenece á la condesa *Rozelski*, noble y poderosa señora.

—Esa condesa es mi madrina.

—Tanto peor; su reputación es extraña, segun los rumores que corren publicamente; está en comunicación con los espíritus malignos, yo me he reído muchas veces de estas fábulas.

Tamilia respondió estremeciéndose.

—¡Pues yo en verdad no me río!

—¿Creeis acaso?

—Nada quiero creer pero tengo miedo, vedlo aqui todo.

—¿Pero por qué teneis ese temor? ¿qué relaciones puede haber entre su suerte y la nuestra?

—Ese es mi terrible secreto.

—¿Tiene algunos derechos sobre vos?

—¡Estoy bajo su poder, Marcelo! y le pertenezco por un juramento que pronuncié delante de Dios.

—Por favor, explicad este misterio. ¿Vuestros padres lo saben? ¿conocen vuestro empeño?



—He debido ocultárselo: sabed lo que ha pasado entre mi madrina y yo. Mi padre agoviado el año pasado por graves desgracias, y perseguido por acreedores inexorables, estaba á punto de ser preso: sus bienes embargados iban á venderse, y el esceso de su desesperacion ponia en peligro su vida. *Vé á echarte á los pies de tu madrina*, me dijo mi madre una mañana, *pues es rica y puede salvarnos*; *Vé, hija mia, y Dios te proteja*! Estas palabras me consternaron; era necesario que nuestra posicion fuese bien horrible para que mi madre se decidiese á que yo diera semejante paso. Vos conocéis su piedad; la condesa Rozelsky la parecia una potestad de tinieblas, de la cual era menester evitar la aproximacion y el aspecto; desde mi infancia me habia prohibido toda relacion con ella, y yo no me acordaba de haberla visto jamás; sin embargo sumisa á la voluntad de mis padres, parti y llegué al castillo. Al entrar en casa de la ilustre dama todo mi cuerpo temblaba. *Ella es muy vieja* me decia (pues me habian asegurado tenia ya mucha edad cuando yo nací) *pasa por arrogante y será sin duda caprichosa: ¿tendré yo valor para levantar los ojos en su presencia? ¿tendré fuerzas para hablarla?* Cuando llegué se me introdujo en su presencia. Eran las diez de la noche, hora señalada por ella, siendo uno de sus caprichos de costumbre no recibir sino de noche, y quedé deslumbrada con la multitud de luces que habia en su aposento, en pie, inmóvil, y semejante á una estatua, con los ojos inclinados al suelo.

—Acércate, me dijo la condesa, una vez que te permiten verme, es que necesitan de mí. Mi ahijada es en verdad muy bonita. Veamos, ¡habla! ¿Qué me quieres? El acento de la condesa no tenia nada de espantoso, su tono juvenil y benévolo, me pareció risueño y malicioso, y así recobrando la esperanza fui á arrojarme á sus pies.

—Madrina mia, salvad á mi padre, la dije.

—Necesita dinero ¿no es verdad? me respondió la señora de Waldesor; los mas virtuosos, en semejante necesidad surgen con sus principios. ¡El dinero! ¿Qué no se hace por ese metal? se llegaría si el caso lo exigiese, hasta á darse al demonio... y en verdad, el hombre no vale... tanto como este. A estas palabras dichas con un tono acre y con sonrisa sardónica, me estremecí de pies á cabeza, mis ojos se levantaron hácia ella, y ¡oh sorpresa! no fue una vieja señora con presencia desagradable y rostro arrugado la que se presentó á mi vista, sino al contrario una figura noble y bella.

La condesa estaba vestida ricamente; pero sus ojos llenos de espresion, sus facciones blancas como una azucena, y sus cabellos negros como el ébano, tenian aun mas esplendor que su adorno, de modo que permanecí de rodillas y confundida.

—Levántate, continuó la condesa; yo seré buena y misericordiosa con tu familia, por que verdaderamente tu me agradas; ¿cuánto se necesitará para salvar á tu padre?

—Mil piezas de oro, le contesté.

—Las tendrás hoy mismo. Mi corazon latia de reconocimiento y de gozo, la castellana presentaba en aquel momento una sonrisa radiante; y su frente se ceñia de una aureola de virtudes y de beneficencia en tanto que yo estrechaba sus manos entre las mías. Pero te impongo una condicion, continuó mi madrina con dulzura.

—¿Cuál? pregunté en seguida.

—Vendrás aquí el otoño próximo á volverme á encontrar en mi soledad, y me consagrarás seis meses como uena y amable ahijada; temo que el invierno te parezca ardo, pero para mí pasará muy pronto; tan graciosa compañera embellecerá mi retiro y me hará dichosa. ¿Quiéres hacer este sacrificio por mí? La voz de mi madrina era lastimera, su mirada suplicante; y yo no pude resistir á esta doble influencia. ¿La que salvaba á mi padre no tenía á su vez el derecho de exigir de mí alguna muestra de gratitud? ¿Lo que me pedia no era ademas bien poca

cosa en comparacion del servicio que hacia á mi familia? Así, creí no deber titubear.

—Madrina mia, la contesté, contad conmigo.

—¿Me lo prometes delante de Dios?

—¡Oh Dios! interrumpió Kourbalof, ¿habeis pronunciado este juramento? ¿qué! ¿dejareis á vuestros padres?

—Estamos á fines de otoño y marcharé antes de ocho dias.

—Pero ¿si vuestro padre se opusiere?

—No puede, ni tiene derecho de hacerlo. Gracias al dinero de la condesa ha conservado su habitacion, sus bienes y su libertad. Ella ha cumplido su promesa y yo debo llenar la mia. Pasados los seis meses de invierno volveré á la casa paterna, y entonces... si os hallo allí... si me habeis sido fiel....

—Sí, estaré, interrumpió Marcelo; ¡Ah! estaré allí cerca de vuestros padres; ahí os esperaré, y mi corazon no habrá cambiado; pero á vos, ¿qué os habrá sucedido? ¿Volvereis, Tamilia? ¿Volvereis tal cual sois ahora?

—En cuanto á sentimientos os lo prometo.

—¿Y sereis mia?

—Sí, Marcelo.

Tamilia se levantó al decir estas palabras, y tomó el camino de su morada; un claro arroyo se hallaba á su paso hácia el cual se inclinó para mirarse en él á los últimos rayos del sol con una espresion sin igual de dolor, de complacencia y de curiosidad.

—Es verdad, se dijo hablandose á sí misma y en voz baja como si nadie la escuchase, es verdad que soy joven y linda; pero la primavera próxima, ¿quién sabe! La juventud y la belleza pasa tan pronto! tengo tan tristes presentimientos.

—¡Tamilia! yo no os dejaré, velaré sobre vos, iré á Waldesor, quiero acompañaros.

—Pero yo no lo quiero, Kourbalof.

—¿Y si os amenaza algun peligro?

—Solo temo uno, Marcelo, el cambio de mis facciones. Si solo me amaseis por mis atractivos...

—¡Ah! aun mas os amo por vuestra alma. ¿Pero qué funestas ideas se apoderan de vuestro espíritu?

—Yo misma no las comprendo, no sé lo que temo, pero un vano terror me persigue. Ademas, no habléis á mi padre de nada de lo que os he confiado; yo sola soy la que debe prevenirle de los empeños que he contraído, pues fué tan bien otra de las condiciones que se me impusieron no revelar á mi familia lo tratado con la condesa, sino pocos dias antes de mi partida; yo llenaré mi deber en todo.

Marcelo y Tamilia se separaron: el oficial ruso, sumiso á todo lo que la joven húngara exigía de él, y ella prometiéndole á su vuelta de Waldesor, su mano y su fe.

Kourbalof se despidió de los padres de su futura compañera, *Mis votos, les dijo, han sido aceptados por Tamilia, voy á arreglar varios asuntos importantes, ya prepararlos todo, para asegurar la dicha de mi prometida esposa; al llegarla primavera estaré de vuelta.*

¿Cuan largo pareció el invierno á Marcelo! Pasó esta estacion en Viena; no en los placeres y en medio de la soledad; sino lejos del tumulto y en el retiro. Su amor se aumentaba entre las agitaciones y las inquietudes que le atormentaban noche y dia; esperaba, temía y confiaba, ó por mejor decir, padecía; pero al fin aparecieron los bellos dias de la primavera. Marcelo se encaminó á Hungría, llegó á casa de Tamilia, llamó y una voz interior le gritó: *tu amada ha desaparecido.*

—¡Ah! ¿Sois vos? Le dijo el anciano Norberg, saliendo á su encuentro. Amigo fiel, venid á mezclar vuestras lágrimas con las nuestras.

—¿Mis lágrimas?

—La hemos perdido. Kourbalof cayó en una silla como herido de muerte.

—¡Tamilia perdida! exclamó, ¡Oh! Antes humillado por



no haber sido nunca herido sino por mezquinas adversidades, pedía al cielo violentas emociones, he sido oído y el rayo ha bajado á herirme. Norberg no le dirigió palabras consoladoras, porque no hubiera permitido que á él se las dirigiesen.

—¿Dónde ha muerto? preguntó Marcelo con voz casi apagada.

—Leed, le dice Norberg.

El amante de Tamilia abre la carta que le presenta el anciano. Era de la condesa Rozelsky.

«Hace tres meses que dejé mis tierras, para ir á viajar por el extranjero con vuestra encantadora hija; vuelvo sin traérsela; una horrible enfermedad, ha no solo desfigurado sus facciones, sino estraviado su razón; la he confiado en Italia á un sabio médico y á una amiga de mi infancia, para salvar al menos su vida, si es posible. No podeis formaros idea de cual es mi desesperacion... pues la amaba como una madre.»

—Pero nada dice de que haya muerto! interrumpió vivamente Kourbalof.

—Yo conozco á la señora de Waldesor, respondió Norberg con un temblor mal comprimido; ella ha querido prepararme poco á poco la espantosa noticia; yo he solicitado el hablarla y ella ha rehusado verme, la he escrito tres cartas, y no he tenido respuesta. ¡No debemos esperar!

—Ya lo veo, dijo Marcelo con espanto; aqui hay un horrible misterio. ¿Os escribía Tamilia?

—Sí, con frecuencia, y en todas sus cartas nos hablaba de su madrina, con el mas vivo reconocimiento.

—La obligaban á escribir así, ella habrá sido víctima de alguna horrible conspiración. ¡Desgraciada condesa! Yo la veré de grado ó por fuerza. Kourbalof se lanzó de la casa de Norberg y corrió al temido castillo. Waldesor estaba situado en una especie de selva y rodeado de anchos fosos; ningún ruido se dejaba oír en lo exterior, y se hubiera podido creer á su funebre aspecto, que solo estaba habitado por las aves de rapiña. Marcelo se acercó á una de las antiguas puertas, y viendo una campana la tocó; un criado de rostro desagradable, abrió una especie de postigo y le preguntó con voz ronca:

—¿Cual es vuestro nombre?

—Marcelo Kourbalof.

—¿Qué queréis?

—Ver á la condesa Rozelsky.

—La señora no recibe á nadie.

—Hacedme el favor de llevarle este billete. El oficial ruso escribió apresuradamente algunas líneas con un lapiz, en las cuales pedía á la condesa un momento de conversación, hablaba de su amada y al paso que empleaba el ruego, dejaba entrever la amenaza. El criado rehusaba llevar este mensaje; pero algunas monedas de oro le decidieron á hacerlo, y la condesa respondió: El castillo se abrirá por la noche á Kourbalof que será recibido á las nueve. Esperando la hora prefijada, Marcelo se internó en medio de los bosques de Waldesor. El astro del día se había puesto ya, pero las horas parecían deslizarse con una increíble lentitud. Caminaba á paso largo, cuando un sacerdote con hábito ceniciento, una especie de anacoreta, se presentó á su paso. Marcelo trastornado por el dolor creyó que el cielo le enviaba un consejero y un guía; se le acercó con la cabeza inclinada, y le dijo:

—¡Padre mio, socorredme!

El anciano admirado de su transtorno y de su palidez le interrogó con emoción: Kourbalof le contó su desgracia. El sacerdote titubeó en responderle; pero al fin le dijo.

—Hijo mio, vivo en un monasterio vecino; y cuando por casualidad voy al castillo...

—¡Habeis penetrado en él alguna vez, padre mio!

—Sí, pero yo no sabría ir con miras hostiles hacia la condesa, pues es hermana de mi padre. Esta misma no-

che debo ir á ver á mi tia, que me ha hecho llamar secretamente, ignoro con que objeto; yo pensaré en vos, desgraciado jóven.

—Padre mio, fio en vos; Dios ha dirigido vuestros pasos y los míos, ¿caso conociais á mi amada?

—Sí, la vi á su llegada al castillo, y tambien he conocido á las otras dos.

—¿A las otras dos! repitió Marcelo con asombro.

—La señora de Waldesor ha tenido siempre, continuo el monge, y sucesivamente á su lado, alguna jóven que le haga compañía y....

—¿Y todas padre mio.... han muerto?

—Yo he asistido á la última, ignoro su enfermedad; pero lo que mas ha llamado mi atencion ha sido el espantoso cambio de sus facciones. La enfermedad la habia desfigurado.

—¡Dios mio! exclamó Kourbalof, Tamilia ha muerto del mismo modo. Aqui hay un misterio de indignidad y es necesario aclararlo.

—Esta noche vereis á la condesa, respondió á media voz el sacerdote, disimulad vuestros verdaderos sentimientos; procurad al contrario agradarla y si os convida á cenar procurad dormir en el castillo: nos volveremos á ver durante la noche, ahora silencio y á Dios. El anciano al decir esto se alejó; y Marcelo voló al castillo; ¡pero que cambio se habia verificado en Waldesor! las ventanas se veían brillantemente iluminadas, y á las puertas se hallaban muchos criados vestidos con ricas libreas; el edificio feudal no tenia ya nada de sombrío ni amenazador, al contrario todo en él parecia lleno de movimiento y de vida. Marcelo, introducido en los suntuosos aposentos y recordando lo que le habia recomendando el sacerdote del bosque, echó una mirada furtiva sobre su trage y contemplándose de paso en un espejo, temió no parecer bastante elegantemente adornado; su vestido era militar, y le habia elegido para que en caso necesario se hallase á su lado una espada. Tambien llevaba bajo una ancha faja, bordada de oro, un puñal. Entró por fin en el aposento que ocupaba la condesa que se hallaba sentada con negligencia en el fondo de un gabinete en un sofá de Persia. Luces cubiertas de globos de alabastro, daban una dulce claridad, y á sus pies estaba una pequeña y linda lebreña á la cual acariciaba su blanca mano. Marcelo se detuvo y saludó con turbacion á la condesa; esperaba hallar un rostro sombrío, y severo, y apesar de los esfuerzos del arte, impresos en él los años; pero nada de esto, la noble dama aunque no se hallase ya en la primavera de sus dias, no se presentaba por eso menos deslumbrante de gracias y frescura; una dulce sonrisa erraba por sus labios, y la serenidad de su frente, así como la blancura de su cutis parecían reflejar la pureza de su alma. La condesa estaba encantadora.

—Señora, dijo Marcelo con voz balbuciente; espero me perdonareis.... y no pudo acabar la frase.

—Sentaos, le respondió, os doy gracias por vuestra visita. ¡La que los dos lloramos.... me habia hablado largamente de vos! ¡Os amaba tanto aquel angel! Gruesas lágrimas se desprendieron de los ojos de la condesa, su acento era doloroso con melodia, y unia en aquel momento al prestigio de la belleza el de la sensibilidad.

—Tamilia hacia mi felicidad, continuó, ¡qué dulce me es el ver al que su corazón habia elegido! Vos la amabais tambien mucho ¿no es verdad? ¡Ah! la lloraremos juntos. Marcelo se sentia fascinado, sus ideas de odio daban lugar á las de la admiracion; no sabia ya lo que sentia en el momento anterior, ni lo que esperaba en el presente. Las suaves miradas de la condesa estaban en armonia con el dulce eco de su voz, y llena de encanto continuó la conversacion que el oficial ruso escuchó con trasporte, mirándola al mismo tiempo con entusiasmo; pero á pesar de todo Tamilia no se apartaba de su memoria. Las vagas palabras de la castellana ha-



cian vislumbrar á Marcelo un rayo de esperanza: su amada no había muerto.

—¿A donde la han conducido? preguntó Kourbalof temblando.

—A Napoles, al menos así lo creo, respondió vagamente la condesa, yo espero largos pormenores uno de estos días.

—¿Deseais ir á reuniros con ella? en ese caso os daré cartas para las personas á las cuales la he confiado; y si mi pobre niña vive aun... La condesa se manifestó angustiada á esta idea; el temor parecía llenar su alma.

—Ya lo veis, continuó, yo no puedo hacerme superior á estos crueles presentimientos, toda mi vida he sido así, y cuando en la primavera de mis días...

Marcelo hizo un movimiento de galante cortesía, pero la señora de Waldesor, sin darle lugar para tomar la palabra, continuó con acento melancólico.

—No me hagais cumplimientos aduladores; yo gusto de recordar los tiempos ya lejanos en que empezaba alegremente la existencia. Estos años de la juventud son amigos agradables que han quedado detras de nosotros, y que cansados de seguirnos se han separado de nuestro camino; nosotros no podemos volver á ellos y nada nos lo remplaza. Estos amigos desde luego tan amados, los hemos visto caer caminando, y hemos continuado marchando sin prestar atención á nuevos compañeros, menos risueños y no tan puros. ¡Ah! si los años anteriores volviesen á aparecer, y se nos presentasen.... ¡cuán decaídos nos hallarian! Kourbalof, militar franco y leal, no se sentía á la altura de una conversacion semejante, y solo profería algunas palabras sueltas.

—Consagradme vuestra compañía esta noche, continuó la irresistible condesa. ¿No podriais cenar en el castillo?

Estas palabras, recordando al oficial su conversacion con el anacoreta del bosque; despertaron en él negras ideas; los prestigios que le rodeaban habian perdido su fuerza, y aceptó con avidez el convite de la condesa, contando hacerse para agradarla lo mas amable posible, pues deseaba quedarse á dormir en el castillo.

La cena estaba preparada, y Marcelo sentado á una mesa suntuosamente servida; no se dejó ya deslumbrar ni por la belleza de la condesa ni por los esplendores de su morada; pero dirigió á la noble dama todas las adulaciones que creyó necesarias para conseguir su designio; el oficial era jóven, de aventajada talla y de buen parecer; así, pues, se le escuchó con interés, tanto mas no hablando ya de Tamilia, pues solo parecía ocuparse de la bella castellana. Acabada la cena volvieron al elegante gabinete; el viento soplaba con violencia en los campos, y la lluvia caía á torrentes.

—¿Qué tiempo tan cruel! dijo la condesa.

—Lo cruel para mí es solo dejaros, respondió tiernamente Kourbalof, la tempestad ó el sol; ¿qué importan? cuando es necesario alejarse de vos, el tiempo debe siempre ser horrible.

—¿Pues bien! pasad la noche en el castillo, dijo la condesa con dulce sonrisa y tendiéndole su blanca mano.

—Acepto vuestra oferta con reconocimiento, respondió Marcelo llevando á sus labios la mano que le ofrecía, ¡y bendito sea el mal tiempo! El resto de la noche se pasó en mútuas coqueterías; el oficial no había querido hacer mas que un juego de sus muestras de ternura, pero ya á pesar suyo se hacían aquellas mas sentidas y espresivas que sus palabras. En fin, á eso de la media noche el amante de Tamilia fué acompañado al aposento que le estaba preparado: un poco aturrido por los vapores del vino y por el singular papel que se había impuesto, se arrojó vestido sobre el mismo lecho que halló en su cuarto alumbrado por dos pálidas bugias, á cuya luz examinó las tapicerías que adornaban las paredes y que representaban caballeros armados de todas armas. Marcelo sin po-

der acertar la causa, se sentía oprimido y disgustado, y llevó maquinalmente la mano al puñal; en esto el gran reloj del castillo dió la una de la noche, y Marcelo se levantó y anduvo á largos pasos por el cuarto, parecía que su corazón tuviese el presentimiento de alguna cosa espantosa, sin poder definir de qué género.... y la sangre le hervía en las venas. De repente llegó á sus oídos un ligero rumor, y se abrió una puerta misteriosa oculta bajo la tapicería á la estremidad de la habitación; el viento que entraba por ella apagó las bugias que alumbraban la estancia, y al traves de las obscuridades que se extendían en ella, vió Kourbalof una figura sombría que con una linterna en la mano se le acercaba lentamente, era el anacoreta del bosque. El rostro del anciano se veía trastornado, y sus ojos inclinados hacia el crucifijo que llevaba sobre el pecho, parecía que temían alzarse.

—¡Dios sea loado! dijo Marcelo acercándose á él con apresuramiento: vos habeis cumplido vuestra promesa, pero ¿me traeis alguna esperanza?

—Tamilia existe aun, respondió el sacerdote con un estremecimiento doloroso; pero no hagais estremos de gozo, la muerte en ciertos casos es preferible á la existencia. Tamilia no está en el sepulcro pero no se puede decir que viva.

—¡Dios mio, qué decís! ¿en dónde está?

—Jóven, antes que me explique necesito que me hagais un solemne juramento. El anciano al decir esta palabra desató el crucifijo que pendía de su cuello, se le presentó al oficial ruso y prosiguió con voz lúgubre.

—La hermana de mi padre es culpable; no obstante yo creeria faltar á los deberes sagrados de familia, si revelando aquí sus secretos, fuese á deshonorar su nombre. Juradme delante de Dios no denunciar jamás á la condesa ante los tribunales, ni atentar contra su vida; juradme no perderla, y pronunciando este juramento, Tamilia os será devuelta.

Marcelo hincó una rodilla en tierra, y levantando la mano hacia la imagen de Cristo, hizo el juramento exigido.

—Ahora, continuó el monge, armaos de valor pues vais á estremeceros de horror y espanto. La condesa Rozelsky, fué dotada por la naturaleza de una hermosura incomparable; pero la edad se acercaba en la cual el brillo y la frescura de la juventud iban á desaparecer poco á poco. Un alquimista, enviado por el infierno sin duda, vino á comunicarle el medio de conservarse jóven y bella hasta los dias mas remotos de la vejez. Este medio consistía en lavarse el rostro de tiempo en tiempo con un agua misteriosa, verdadera preparacion de Lucifer, de la cual osó darla la receta y ella servirse. Para componer aquella agua, era necesario, en primer lugar tener á su disposicion una jóven, virgen, pura y sin mancha, la cual debía resignarse á que la sacasen del rostro de tiempo en tiempo una cantidad de sangre, para mezclarla con el jugo de ciertas plantas silvestres; resultando que la víctima condenada á estas continuas picaduras que iban desecando poco á poco sus mejillas y desfigurando sus facciones, acababa despues de haber dado su sangre mas pura al vampiro que la quitaba la juventud y la frescura, por no ofrecer mas que el aspecto de una espantosa calavera.

—¡Qué inaudita atrocidad! exclamó Marcelo espantado: ¿y vos ministro del cielo, ¿vos habeis tenido conocimiento de tal misterio y habeis guardado silencio?

—Largo tiempo lo he ignorado. Cuando la condesa me llamó al lecho de su primera compañera para administrarle los sacramentos, la moribunda había perdido el uso de la palabra, y nada pudo declararme: la espantosa descomposicion de su rostro provenia segun me dijeron de los estragos de una larga enfermedad, y yo lo creí. Mas tarde, cuando asistiendo á los últimos momentos de la segunda compañera de la condesa, vi su rostro tan es-



pantoso como el de la primera, confieso que senti en mí un terror que participaba de remordimiento, pues los rumores públicos me eran ya conocidos, y postrado al pie de los altares, me reconvenia de no haber interrogado á la moribunda y de no haber penetrado el misterio. Yo de cierto nada sabia, pero esta noche todo lo he averiguado por Tamilia misma....

—¡Aquí! interrumpe Kourbalof.



¡YO SOY, TAMILIA! ESCAMÓ: ¡YO SOY! PUES EL CIELO ME ENVIA....

—Si, aquí, replicó el monge. Ayer la condesa me había hecho llamar en particular, y me habiádicho que su nueva compañera estaba peligrosamente enferma; pasé á donde se hallaba la desgraciada y me acerqué á su lecho: habíanse cerrado y cubierto con cortinas las ventanas y un velo ocultaba sus facciones....

—¡Basta! exclamó Marcelo fuera de sí. ¡Tamilia tan joven y tan bella.... ¡Tamilia convertida en un espectro!



—¡Seguidme! continuó el anciano, mas recordad vuestro juramento, nada de furiosos, nada de venganza.

—¡Ah! conducidme á ella, apresurémonos padre mio para volver á verla y salvarla. Marcelo quería dar una apariencia de calma á sus acciones y palabras, ¡vanos esfuerzos! su mirada era de fuego y llevaba la mano á su puñal. El monje del bosque bajó la escalera secreta por la cual habia subido al aposento de Kourbalof. Atravesó muchos pasadizos oscuros y caminaba con aire inquieto. Marcelo le seguía en silencio y sin reparar en los subterfugios que se ofrecían á su vista sucesivamente, pues no alimentaba mas que un solo pensamiento. Llegaron en fin sin obstáculo al lugar donde estaba Tamilia, que era una sala baja abovedada, alumbrada por una pequeña lámpara, cuya luz apenas dejaba ver los objetos; y en cuyo fondo se veía un lecho adornado con muchas cortinas: nadie veía al lado de la víctima moribunda; acercóse estremeciéndose, cayó de rodillas junto al lecho, y sin osar mirar á la que en él reposaba, la llamó diciendo: ¡Tamilia! Una voz plañidera le respondió. ¿Era una espresion ó un gemido? no importa: Marcelo se levantó y ya no le quedó ninguna duda, pues habia reconocido la voz de su amada.

—¡Yo soy, Tamilia! exclamó: ¡yo soy! pues el cielo me envía. ¡Yo soy!..... ¡vuestro amigo!..... ¡vuestro esposo!....

Un grito de desesperacion le interrumpió: la moribunda cuya cabeza rodeada de sombra estaba vuelta hacia la pared se llevó las manos al rostro y se lo cubrió con un pañuelo.

—¡Ah! este solo golpe me faltaba, dijo: Marcelo ¡no me mireis! y sus miembros se agitaban con el estertor de la agonía.

—Tamilia, exclamó Kourbalof, todo le sé, pero no tengáis temor. Vuestras facciones han podido cambiar, pero ¿qué importa? mi amor permanece inalterable.

—¡Gracias! ahora ya puedo morir, respondió la jóven con voz débil.

—¡Morir! no, no: vos no morireis, vos no podeis morir, vedme aquí.

—¡Es demasiado tarde, Marcelo! dejadme.

Al decir esto, la desgraciada jóven parecia rechazarle dulcemente con una mano trémula; Marcelo estrechó aquella mano entre las suyas, y la halló fria y descarnada.

—No, Marcelo, continuó la desgraciada, yo no puedo vivir ya, no pudiendo ser amada. ¡En el nombre del cielo! ¡retiraos! ¡conservadme en vuestra memoria!

—¡Dejaros! ¡abandonaros! no; sois mia delante de Dios, y hago juramento de no ser sino vuestro. Salgamos de esta horrible mansion; el amor y la felicidad os aguardan.

—¡Dios mio! ¿qué dulces son estas palabras? interrumpió Tamilia con un acento sofocado por los sollozos; ellas me vuelven á la vida; si, Marcelo, me siento renacer.... ¡Oh Marcelo! el cielo parece abrirse para mí. Tamilia se detuvo de repente, y en seguida continuó con un acento lleno del mas cruel espanto y cubriéndose de nuevo el rostro.

—¡No, yo me olvidaba de mí misma!... ¡no mas ilusiones! el me cree aun Tamilia, y me habla como en otro tiempo. ¡Ah! si él conoce mi voz, tambien es cierto que aun no me ha visto....

En este momento se dejó oír un ruido lejano; el monje asió fuertemente del brazo á Kourbalof y le dijo en voz baja:

—¡Vienen sin duda! es la condesa ¿qué hacer?....

Marcelo no reflexionó, ni consultó; pero mas rápido que un relámpago tomó á Tamilia entre sus brazos, la arrancó del lecho y sin haber podido ver aun el rostro que ella cubria fuertemente con su pañuelo, la arrebató y huyó con ella. En tanto el monje los guiaba, y ayudado por su linterna, los condujo silenciosamente al través de

los corredores desiertos, hasta una de las entradas secretas del castillo; conocia bien todos sus ruinosos pasadizos, y no tardaron en llegar á la última puerta de la cual tenia la llave y que abrió; cerca de ella se hallaba una especie de portero que despertó al ruido de sus pasos, y que admirado se acercó á ellos.

—Retiraos, le dijo el monje, yo obedezco aqui una órden suprema y lleno mis deberes.

El criado se inclinó y alejóse. Kourbalof atravesó el umbral de la puerta, y se halló fuera del recinto del fatal castillo; pero apenas empezaba á alejarse cuando una especie de rugido le hizo volver la cabeza.... ¿qué es lo que descubrió? la fatal condesa que perseguía á los fugitivos. Marcelo al verla dejó á su amada sobre un monton de yerba, y se precipitó con furor hacia ella; ya iba á hendirle con su puñal, cuando el monje se avalanzó y le detuvo diciéndole:

—Acordaos de vuestro juramento.

El oficial dejó caer el arma homicida.

—Marchaos, continuó el anciano; pero nada de denuncias, nada de venganza; me lo habeis jurado y cuento con vuestra promesa. Despues tomando á la condesa por la mano, y obligándola al silencio la dirigió estas palabras con voz de trueno:

—En cuanto á vos, silencio y sumision. Silencio, ó invoco contra vos la venganza del cielo y los castigos de la tierra; silencio ó sois perdida en este mundo y en el otro. Estas palabras impusieron á la castellana, que quedó como petrificada de admiracion y de furor; en tanto Kourbalof sin perder momento, se apoderó de Tamilia y conduciéndola en sus brazos se alejó del castillo. La tempestad se habia disipado y el cielo estaba ya sin nubes. El alba comenzaba á despuntar y el ave de la primavera gorgeaba entre el follage de los árboles; la aurora se mostraba brillante y las flores iban á abrirse á los primeros rayos del sol, era una de las hermosas mañanas de primavera. Kourbalof, fatigado con su amado peso, quiso tomar aliento un instante, se detuvo y miró en su derredor. Hallábase cabalmente cerca de las ruinas de Basterran y á orillas del mismo arroyo cristalino, á cuya margen Tamilia habia pronunciado en otro tiempo estas palabras tristes y proféticas:

—En verdad soy jóven y linda ¡pero la primavera próxima, quien sabe! Marcelo colocó suavemente á su amada al pie de un sauce, y la dijo con voz suplicante.

—¡Tamilia! miradme ¡no temáis nada! aqui es donde en otro tiempo me dirigisteis esta cruel observacion: ¿Si no me amáis mas que por mis atractivos? y aqui do unde os contesté: ¡Mas os amo aun por vuestra alma! Las lágrimas parecian sofocar á la jóven moribunda; en fin, dejó caer el pañuelo que cubria su rostro, y le respondió.

—Pues bien ¡miradme!

¡Oh Dios! á pesar del imperio que Kourbalof creia tener sobre si mismo, no pudo contener un movimiento de horror y su fisonomia se contrajo, pues era un espectro el que se ofrecia á su vista y una verdadera calavera: nada restaba de la jóven bella y encantadora, Tamilia solo habia conservado el eco de su voz; lo demas era imposible reconocerse. El rostro de la desgraciada jóven cubierto de horribles cicatrices no tenia ya sangre, carne ni fibras; sus ojos hundidos en sus órbitas, habian perdido el brillo de la juventud y de la vida.

Kourbalof retrocedió aterrado. Un gemido sordo le arrancó al mismo instante de su estupor sombrío, conociendo que acababa de dar un nuevo golpe, un golpe mortal tal vez á su desventurada compañera, y cayó de rodillas á sus pies.

Tamilia, la dijo con el acento mas dulce que el amor puede prestar, Tamilia, no importa... ¡yo te amo! perdona un momento de sorpresa; ¡el corazon no ha tenido en el ninguna parte! hablame, ¡hablame por favor! oiga yo tu voz querida, porque la voz es mas que las facciones,



siendo la expresion del alma, y me que la fisonomia pues es la existencia. Familia, tu seras mi esposa ¡escucha tambien el acento de Marcelo, que es la verdad y el amor.

—No, Marcelo, es la piedad.

—Familia dame tu mano y tu fe.

—No, no, yo no quiero mas que tu adios y la muerte.

La pobre víctima al pronunciar estas palabras volvió á cubrirse el rostro.

—Mi acento tambien vá á extinguirse, murmuró ella en voz baja, olvida lo que he venido á ser, pero no lo que he sido, y consérvame bella en tus recuerdos. Kourbalof se levantó, y viendo que Familia se habia desmayado, tomó de nuevo su preciosa carga, y estrechándola contra su pecho continuó su rápida marcha. Al fin llegó al techo paternal, entró y viendo á Norberg:

—¡Vedla, aquí os la traigo! exclamó con los cabellos erizados y los ojos inflamados con el ardor de la fiebre; ¡es Familia vuestra hija! ¡es Familia mi esposa! El padre se lanzó lleno de alegría hacia su hija, una exclamacion de gozo salió de sus labios, pero cayó el pañuelo del rostro de Familia y exaló un grito de horror; ¡Dios mío, un espectro!... ¡que significa esto! ¡no es ella! ¡no puede ser ella! Familia acababa de volver en si y todo lo habia visto y oído. ¡Cómo! respondió Kourbalof, medio loco y con

una risa sardónica ¡el padre desconoce á su hija! pues bien, el amante no ha desechado á su amada. Espectro ó no, yo la he salvado, tal cual es, la amo; si vos la deseáis yo me caso con ella. Norberg se inclinó entonces hacia su hija y exclamó.

—¡Casaros con ella! ¡Vos! ¡Está muerta!

—¡Muerta! repitió Marcelo. ¡Oh! padre, vos la habeis muerto!

Familia habia dejado de existir. (1)

(1) El vizconde de Arlingcourt asegura haber conocido y tratado en sus viages á Marcelo Kourbalof, de cuyos labios supo la espantosa historia que acabamos de presentar á nuestros lectores, y la cual, añade, no es sola en su especie, pues cita el ejemplo de la condesa Kogutz que en el reinado del emperador José II fué presa en Hungría en su castillo de Worosca, convencida de haber hecho morir á varias jóvenes de sus dominios, picándolas en el rostro para sacarlas la sangre, que empleaba en un cosmético infernal para conservar la belleza, fué castigada segun el rigor de las leyes, y parece que dicho castigo no ha podido impedir que se renueva tan horrible crimen; tambien parece que Kourbalof fiel á su juramento no ha denunciado á la condesa, que tal vez vive aun.

EL VIZCONDE DE ARLINCOURT.

## COSTUMBRES ESPAÑOLAS.

### DE LA FIESTA DE NAVIDAD:

O SEA DE LAS COSTUMBRES ANTIGUAS Y MODERNAS  
DE LA NOCHE BUENA.



abiendo dado razon en nuestro artículo correspondiente al Museo de este día, el año pasado de 1846, de los aguinaldos y costumbre de sortear los años y los estrechos en las fiestas que se siguen próximamente á la del nacimiento del Salvador, vamos á recordar en el presente los usos y costum-

bres de nuestra España en la festiva noche de la Natividad del Señor, practicadas en los tiempos antiguos, y de las cuales existe aun hoy mucha parte en uso.

Llámanse en España *Navidad* á la fiesta del aniversario del Nacimiento de Jesus, la cual es la mas famosa de la cristiandad despues de Pascuas y de Pentecostés. Se celebra en 24 de diciembre, desde su origen en la iglesia de Occidente, en la que se dice la instituyó el papa Telesforo antes de su muerte acaecida el año 458 de nuestra era. Los franceses que la denominan *Noel*, dicen que esta voz es una abreviacion de *Emmanuel*, palabra cuya significacion hebrea es *Dios con vosotros*, ó una combinacion gala del latin *Natalis*, sobreentendiéndose *días*, como queriendo decir día del Natalicio por excelencia, que es como llamaban los romanos á su aniversario del nacimiento. Los ingleses la llaman

*Chistmas* (misa del Cristo,) y los españoles. *Navidad* ó *Natividad* que segun el Diccionario de la lengua quiere decir, lo mismo que nacimiento ó natividad, y tómasese regularmente por el tiempo en que nació N. S. Jesus-cristo. (1)

En su origen, no habia fiesta mas movible que esta entre los cristianos, pues que en la iglesia de Oriente se celebraba por unos en el mes de abril, por otros en mayo, y por otros en enero, y confundiéndola con la Epifania, con esta gloriosa noche en que la estrella de los Magos se detuvo sobre el portal de Bethlem. En el siglo IV á ruego de San Cirilo de Jerusalem, ordenó el papa Julio I que entre los doctores de Oriente y de Occidente se fijase por lo que constare, el verdadero día del Nacimiento de Jesus, y concertándose convinieron con su buena fé, deber ser el 25 de diciembre, y aunque sin pruebas auténticas, segun lo que dicen algunos padres de la iglesia, prevaleció desde luego esta opinion en la iglesia de Oriente y de Occidente, y así sigue en la iglesia universal.

La costumbre de celebrar tres misas en esta fiesta, la una á media noche, otra al amanecer y la tercera por la mañana, se origina del siglo VI. Mucho antes de esta época se reproducia esta festiva solemnidad en el Occidente con escenas animadas, en las que tomaban parte personajes, un niño en un pesebre y la Virgen y San José á sus lados. Este espectáculo inocente en su origen, no tardó

(1) En este sentido se toma en los plazos que se suelen señalar para las pagas, que por lo comun son por San Juan y Navidad. Tambien se toma por año, y entonces se usa en plural diciendo á uno que tiene muchas Navidades, en vez de muchos años, y así que Polo dice:

En lengua española digo  
Tengo veinte y tres San Juanes,  
Tres años y cuatro lustros  
Con veinte y tres navidades.



en caer en el ridículo, asemejándose mucho á la fiesta de los locos que también se celebraba en las iglesias, razón por lo que fué necesario prohibirla en toda la cristiandad, reduciéndola á un oficio que se denominó el oficio de los pastores, que no es otra cosa que un coro entre los monaguillos y la clerecía que se cantaba durante los laudes, antes del cántico *Benedictus*; el pueblo cantaba villancicos verificados en lenguaje vulgar, acompañándose con el órgano y los instrumentos rústicos y pastoriles como lo sigue haciendo hoy en las misas llamadas de aguinaldo.

Según Bason hasta fin del siglo XVII en la catedral de Valladolid en España se representó con escenas móviles esta festividad, en la que los fieles se disfrazaban de pastores y de los personajes que figuraron en el nacimiento del Señor, bailando al son del órgano y acompañando con panderos y castañuelas; pero algunas parejas llevaban en las manos hachas encendidas. El mayor cantor de los villancicos, era proclamado *Victor*, y esta espansion de alegría en el templo del Señor era mas religiosa que profana en su origen, hasta que el mismo fanatismo acabó por adulterarla y hacerla reprensible de tal modo, que tuvo que prohibirse. Hoy ya solo queda de esta fiesta los villancicos que hemos dicho cantarse en las misas de aguinaldo y de Noche buena.

Cuando la Natividad caía en viernes, toleraban los papas el uso de la carne desde el siglo XIII. Se cuenta de algunos emperadores, que el día de Navidad leían solemnemente la sétima lección, á causa sin duda de las primeras palabras del Evangelio del día que dice *Exiit edictum á Cesare Augusto*. (Cesar Augusto publicó un edicto:) en el concilio de Constanza el emperador *Sigismundo* hizo la lectura vestido de diácono. Cuando un emperador se halla en Roma en este día, prevenia el ceremonial asistiera al oficio y leyese en alta voz esta lección, con sobrepelliz, capa de coro y espada ceñida.

Los condes de Lion al pronunciarse las palabras, *Christus natus est nobis venite adoremus*, iban á besar el altar en señal de adoración. Desde el origen de esta fiesta en este día holgaba todo el mundo, y la celebraban todas las clases, y las campanas, voces sonoras de la alegría de los fieles, publicaban su regocijo. El archidiacono, en capa de coro de seda bordada de oro y perlas y rodeado de luces, iba en medio de una nube de incienso á besar el Evangelio de la Natividad, que llevaba en seguida la clerecía composamente vestida y solemnemente, al oratorio del emperador, que le besaba con el mayor respeto, gritando el pueblo al propio tiempo, *vivat, vivat*.

En muchas partes se hacia colacion la víspera de Navidad por la tarde para poder sufrir mejor las fatigas de la noche, y se bendecía en las familias la cena de Navidad vertiendo vino diciendo: *en el nombre del Padre*, etc. En Alemania se encierra en un armario ó aposento, la víspera de Navidad, un árbol cargado de frutos, dulces é instrumentos pastoriles, á fin de sorprender á los niños cuando menos lo esperan, los que, como los nuestros, se avafanzan con placer á estos objetos.

Las costumbres de Navidad en España han sido en lo antiguo casi idénticas á las de los demas pueblos, y lo son á todos los cristianos en cuanto al rito de la iglesia; pero aun son mas alegres, merced al carácter festivo de su natural en lo peculiar al pueblo. Los dulces, turrones de Gijón y de Alicante, y los sabrosos y esquisitos mazapanes de Toledo, endulzan la festividad, al paso que la robustecen los gustosos y nutritivos pavos y capones de Castilla y los sabrosos besugos de Laredo. Las alegres panderos en manos de nuestras bellas, y los tamboriles, zampoñas, rabeles, zambombas y chicharras en las de nuestros zagalejos, dan á la fiesta el tono, y forma la orquesta á nuestros grotescos, pero graciosos villancicos.

## II.

Desde los primeros tiempos del cristianismo, según San Gerónimo, se ha celebrado el nacimiento del Señor en los pueblos cristianos de una manera mas ó menos suntuosa, y con formas exteriores mas ó menos grotescas. En Francia por ejemplo, se celebraba este día por los estudiantes, así como en los de San Esteban, el día de los Reyes y el de la Circuncision, la estravagante fiesta de los locos, cuya descripción tomamos de Collin de Plaucy.

Los estudiantes de las universidades, elegían uno de entre ellos que hiciese el principal de la fiesta, á cual denominaban en unas partes el rey, en otras el obispo ó arzobispo, y en muchas el papa de los locos, al cual vestían con traje pontifical confirmandole y consagrándole con todas las ceremonias que se acostumbra en los casos reales y efectivos, y verificado esto le llevaban en procesion á la iglesia. Luego que entraba en ella el papa de los locos, celebraba el oficio divino y echaba la bendición al inmenso pueblo que aquella noche acudia á la iglesia á divertirse. Terminada la misa se servía al papa en la misma iglesia una cena abundantísima, durante la cual cantaban y bailaban los demas estudiantes, desocupando á su placer botellas de vino hasta embriagarse, en cuyo caso empezaban luchas que solían terminar muchas veces con sangre. En esta fiesta se reunían todas las facultades de la universidad, y publicaban solemnemente que sería anatematizado el que osase prohibirles las fiestas de los locos.

Los curas y prelados de menor distincion, invadian este día las sillas de coro de los canónigos, en las que se sentaban mientras duraba el oficio del loco papa y al decir las palabras del Magnificat *Deposuit potentes de sede et exaltavit humiles* que se repetían por espacio de un cuarto de hora, se aplaudía estrepitosamente por el pueblo y por los mismos curas que se enseñoreaban en los asientos de las grandes dignidades de su clase. Terminada la comida ó cena, los curas se enmascaraban, y mezclándose con los estudiantes, conducían en triunfo y en alegre mascarada, cantando himnos y canciones picantes, al papa de los locos en una carreta, terminándose la impia farsa no sin algunas escenas repugnantes al decoro y decencia pública que eran por lo regular las que mas divertían al pueblo. Esta fiesta se celebró en Francia en la mayor parte de sus iglesias y sobre todo en las catedrales, pero en la de Paris era donde se ejecutaban con la mayor suntuosidad. Eudes de Sully arzobispo de Paris trató el año de 1198 abolir esta escandalosa fiesta, y obtuvo al efecto un mandato de Pedro de Capua, nuncio del papa; pero ni los esfuerzos del obispo, ni las órdenes del legado pudieron conseguir nada contra la fiesta de los locos que se celebraba en Francia todavía en el siglo XV, según se vé por una circular que la facultad de teología publicó en 1444 á los obispos del reino para la supresion de estas estravagantes impiedades, por la que se advierte al propio tiempo que los sacerdotes asistían al oficio divino con la mayor falta de decoro y de respeto. En efecto, por dicha circular y documento de la época, consta que los sacerdotes asistían al oficio de Noche buena que celebraban los estudiantes, disfrazados de bufones, mugeres, y cubiertos con caretas monstruosas, entreteniéndose durante la misa en cantar canciones indecorosas y en juegos profanos para el lugar en que se ejecutaban. Delante de la puerta de las iglesias en que habia fiesta de locos, se encendían grandes hogueras, á cuyo alrededor se saltaba y cantaba, y concluida la ceremonia todos paseaban la ciudad en carretas grotescamente adornadas, y pocos eran los días que se concluía la fiesta sin alguna desgracia ó lance desagradable. Al verlas consignadas en la historia, zhabrá quien nos tenga por medios religiosos que los que tales farsas de la religion renersentaban? Ciertamente que apesar del desarregloac-



tual de las costumbres y de la incredulidad de estos tiempos, que no se permitirían hechos tan sacrilegos en nuestras iglesias, mas respetadas y veneradas hoy en lo principal, que en aquellos tiempos de ignorancia en los que la hipocresía ocultaba la verdad con un velo y apadrinaba la irreligión y la maldad con la máscara del fanatismo mas inmoral.

La costumbre de la noche de Navidad era la de cenar y pasar despues á tenerla toda en la iglesia, pero como dice Saubal, mas bien que á orar y considerar el gran misterio del día, se iba á ofender á Dios.

A pesar de que los españoles han respetado siempre mucho todas las cosas pertenecientes á la religion, no por eso á pretexto de celo han dejado de cometer impiedades en el día que describimos, pero nunca de tal peso y naturaleza como la que acabamos de describir. Antiguamente todos los labradores y personas del campo, acudían á la iglesia de sus pueblos á oír la misa del gallo, y cuando la concluía, el cura exhortaba á los fieles á considerar el nacimiento del hijo de Dios, cuyo misterio se representaba; en un cuadro ó en un grupo de escultura que se ponía en el altar, sentado el párroco en una silla contaba á sus feligreses cuanto sucedió en el nacimiento del Señor, y los muchos festejos y regalos que le hicieron los pastores de las cercanías de Belén. Todos los labradores que habían acudido á la iglesia con una gallina, un pavo, tortas, huevos ú otras cosas de esta especie que llamaban el aguinaldo del cura, acudían á la sacristía donde se recibía apuntando sus nombres, y recibían en retorno el pan bendito, ó la torta de Maria, que consistía en unos bollós, que se ponían en grandes bandejas en el altar, las cuales se bendecían por el sacerdote. Esta costumbre, practicada en algunos pueblos de las Castillas, las hemos hallado en un manuscrito del siglo XII según la letra que posee don Pedro Ponce de Leon, y en el mismo se dice en una nota de letra del autor de la historia de los árabes en España, don Antonio Conde, lo siguiente. «Este códice es traduccion literal de una obra árabe que escribió Ben-Abdalla de Benjamad, sobre algunas costumbres de los cristianos de España, que se halla en uno de los códices árabes, últimamente traídos á la biblioteca del Escorial.» En otro lugar del códice dice el mismo Conde: «Si se hade creer á Benjamin Badul, la denominacion de misa del gallo viene de una costumbre de la provincia de Toledo, pues dice: La noche de la Natividad de Cristo los labradores de esta la parte de Tolaitola, castigan los gallos con increíble crueldad, pues llamándolos traidores de Cristo, cuando mejor dijera de Pedro, á quien avisó el gallo su pecado, les tuercen el pescuezo, y así muerto le llevan á su sacerdote á la iglesia, con lo que al otro día todos los muzlimes comemos gallo barato, por que los nazarenos tienen á pecado comer de aquel gallo traidor; Alá les ponga de su gracia y dé la luz que les falta.» Graciosa es á la verdad esta noticia, y ciertamente que pueda derivarse de ella el denominarse misa del gallo á la de esta noche, si la hora en que se dice, no coincidiera con otros motivos eclesiásticos para que lleve este nombre.

Desde muy antiguo ha sido costumbre en España el reunirse el pueblo en la iglesia la noche del nacimiento

del Señor, tocando villancicos al son de los tambores, zambombas, panderas y otros instrumentos pastoriles á celebrar la venida del hijo de Dios. Delante de las puertas de todas las iglesias de España, se encendían grandes hogueras, á cuyo alrededor se cantaban los villancicos, y aun no se ha estinguido tanto esta costumbre que no haya muchos pueblos donde todavía está en todo su vigor. Las familias se han reunido como lo hacen hoy en tal noche desde los primitivos tiempos, y abundantes cenas ayudan á los congregados á pasar una noche que con razon se denomina por todos titulos la Noche buena. En todas las casas se ponía y pone un nacimiento, que es un peñasco figurado en donde se representa con figuras el Santo Misterio, y en lo antiguo cada casa era un templo por lo iluminado del peñasco, por la veneracion con que se le veía y por los cantares religiosos á que se entregaban las familias. Hoy, solo los niños son los que conservan el peñasco como objeto de cristiana diversion, y un mes antes de Navidad se establecen en las plazas puestos de nacimientos que es un buen comercio en esta temporada, así como el de tambores con que el pueblo en cuadrilla se divierte por las calles.

La costumbre de comer besugos en esta noche en Madrid y pueblos de Castilla, debe ya de ser anterior á los Reyes Católicos cuando su cronista y poeta Gracia Dei nos dice en un romance en que describe la fiesta de Navidad al rey:

Besugada teneredes  
Si la pasais en Madril

En otra parte de la misma composicion:

Grato pescado gallego  
O besugo de Cantabri.

Pero muy particularmente debió ser moda este manjar en tiempo de Felipe III y IV, puesto que en muchos villancicos compuestos en estos reinados se hace mencion del besugo como plato indispensable en la Noche buena.

Ese gran movimiento de regalos que obstruyen las calles de Madrid el día de la Noche buena, es un remedo del que hubo en los tiempos del feudalismo, en cuyo día todos los vasallos tenían que regalar á su señor; pero gracias á la ruina de aquellos tiranos, á escepcion de algun censo enfitéutico que exija esta clase de canon, los regalos solo se hacen hoy á las personas á quienes debemos algo, tal como á los maestros y sugetos que protegen á los pobres, ó á los parientes y amigos que queremos obsequiar, á fin de manifestarles el aprecio y afecto que les profesamos. El día de esta noche y ella misma se puede decir que es el de una vida mas activa en Madrid aun en estos tiempos, y el alma de esta vida por decirlo así, se halla en la plaza Mayor, donde se reúne cuanto el gastrónomo y el hombre de gusto puede desear para satisfacer su apetito, pues este día, se obsequia al hijo de Dios comiendo y bebiendo y saliéndose todo el mundo de sus casillas como suele decirse.

B. S. CASTELLANOS.







## ESTUDIOS DE HISTORIA NATURAL.

### EL ONDATRA.

Hay algunos que creen al castor único buen arquitecto entre los mamíferos, pero no es enteramente exacto, porque el *ondatra del Canadá* nos ofrece un ejemplo no menos notable. Aunque pertenece á la clase de los mamíferos roedores, mas se parece por su cabeza y cara á la nutria que á ninguna especie de rata.

Lo mismo que el castor, vive en el Norte de la América septentrional, frecuenta las orillas de los rios y arroyos, y en ellas se fabrica una cabaña y vive en sociedad; pero es mucho mas hábil en la construcción de su madriguera. Cuando llega la primavera y ha encontrado una hembra que le convenga, se retiran juntos en el fondo de un bosque cerca de algun riachuelo en que abundan los juncos y cañaverales; elegido el sitio conveniente, construye su madriguera, y emplea el musgo en hacerse una especie de cama muy cómoda, en que la hembra deposita la prole en número de cinco ó seis hijuelos que cuida con sumo esmero.

Al llegar el otoño, toda la familia abandona su habitación del estío, busca un sitio mas cómodo, es decir cu-

bierto de juncos y demas plantas acuáticas. Entonces todos los miembros de la familia se ponen á trabajar bajo la dirección del padre en la construcción de la cabaña que ha de darles abrigo durante el invierno. Los materiales empleados son, arcilla, que amasan con los pies, y mezclan con la paja, juncos, hojas secas y ramitas. Estas madrigueras tienen una figura redonda, y el techo es en forma de cúpula ó media naranja, de un pie de espesor, é impenetrable á la lluvia y á la nieve. Saben prevenir muy bien el caso en que una inundación subiese á mayor altura de lo acostumbrado. Como los ondatras no reúnen provisiones en el buen tiempo para cuando llega el invierno, escavan una especie de pozos y sendas subalternas para ir por ellos á buscar agua y raíces mientras la superficie del suelo está cubierta de nieve.

Así que despunta la suave influencia de la primavera, y empieza á derretir los hielos, y hacer crecer la verdura, los ondatras abandonan su cabaña para siempre, y divididos en parejas se separan y van á vivir en los bosques. Este animal se casa durante el invierno.

Cogido joven se domestica con facilidad y hasta acaricia la mane que le alimenta, y durante la primavera, despidie cierto olor á almizcle tan fuerte que se percibe desde muy lejos, y le comunica á los muebles y á cuanto toca.



EL ONDATRA.







## ÍNDICE GENERAL POR ÓRDEN ALFABÉTICO.

- AMERICA, SANTIAGO DE CHILE, VALPARAISO, pág. 262.  
 ANGEL DE REDENCION (el), pág. 250.  
 IDEM, conclusion, pág. 255.  
 ASALTO DE ROMA; por don F. F. Villabril-  
 le, pág. 145.  
 AZARA (DON NICOLAS DE); por don B. S.  
 Castellanos, pág. 21.  
 AZARA (DON FELIX DE), pág. 66.  
 BATALLA DE CLAVIJO (la); por don F.  
 F. Villabril, pág. 27.  
 BATALLA DE LOS SIETE CONDES (la); por  
 el mismo, pág. 152.  
 CALAVERA (la); por el vizconde de Arlin-  
 court, pág. 230.  
 CARTA DE RECOMENDACION (la), pág. 92.  
 CASA DE LA REINA (la); por don Floren-  
 tino Sanz, pág. 255.  
 CATARATA DEL NIAGARA (la), pág. 215.  
 CAZADOR Y SU PERRO (un), pág. 217.  
 CEMENTERIOS DE PARIS (los), pág. 259.  
 CERVANTES SAAVEDRA (MIGUEL DE); por  
 don F. F. de Villabril, pág. 5.  
 CISNEROS (EL CARDENAL XIMENEZ DE); por  
 don J. Quevedo, pág. 97.  
 COMBATIENTES (los), pág. 160.  
 CONQUISTA DE PUERTO-RICO (la); por don  
 F. F. Villabril, pág. 176.  
 CONQUISTA DE VALENCIA POR EL REY DON  
 JAIME; por don J. S. Milanés, pág. 7.  
 COSTUMBRES DE LOS KLEPTOS, pág. 26.  
 DE LA FIESTA Y PRATICAS DE CARNAVAL  
 Y DEL BURLESCO ENTIERRO DE LA SAR-  
 DINA; por don B. S. Castellanos, pág. 56.  
 DE LA SEMANA SANTA EN VARIOS PUEBLOS  
 DE VALENCIA; por el mismo, pág. 61.  
 DE LA GALANTE FESTIVIDAD FLORAL, LLA-  
 MADA DEL MAYO Ó DE LA HERMOSA  
 MAYA; por el mismo, pág. 33.  
 DE LA FESTIVIDAD DEL CORPUS EN VA-  
 LENCIA; por el mismo, pág. 115.  
 DE LAS GALANTES Y ALEGRES VERBENAS;  
 por el mismo, pág. 141.  
 DEL ORIGEN DE LAS FIESTAS DE T OROS;  
 por el mismo, pág. 179.  
 DEL ORIGEN DE LAS FIESTAS DE ANIMAS;  
 por el mismo, pág. 256.  
 DEL ORIGEN DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD;  
 por el mismo, pág. 237.  
 DOS MUERTOS (los); por Enrique Berthoud;  
 pág. 77.  
 DOS NOVELAS; *Es una memoria triste*,  
 primera novela: *Y de la constancia es*  
*el premio*, segunda novela; por don J.  
 Leguey, pág. 10.  
 ESPADA DE SAN FERNANDO (la); por don  
 F. F. Villabril, pág. 245.  
 GITANOS EN EL SIGLO XV (los); por Fe-  
 derico Soulié, pág. 45.  
 GRUTA DE LA BALNE (la); pág. 190.  
 GUILLERMO TELL; por Alejandro Dumas,  
 página 155.  
 IDEM, conclusion, pág. 210.  
 INTRODUCCION; por don F. de P. Mellado,  
 página 1.  
 HAYRE (el); pág. 214.  
 HERNAN CORTES; por don J. A. Malute,  
 página 131.  
 HISTORIA DE LAS FIESTAS REALES DE O-  
 ROS QUE HA HABIDO EN MADRID; por  
 don B. S. Castellanos, pág. 193.  
 JUANA DE ARCO; pág. 170.  
 LAOCONTE; pág. 267.  
 LENGUA CASTELLANA (la); DESDE SU ORI-  
 GEN HASTA NUESTROS DIAS, pág. 225.  
 LINCE (el) DE LAPONIA, pág. 194.  
 LUPULO (el), pág. 145.  
 MARIPOSAS (las), pág. 242.  
 MORSCOS DE LA ALPUJARRA (los); por  
 don F. F. Villabril, pág. 109.  
 MUERTE DE ANILCAR (la); por el mismo,  
 página 267.  
 MUERTE DE LUIS XVI (la); por Lamar-  
 tine, pág. 150.  
 NIEVE (la), pág. 42.  
 ONDATRA (la), pág. 290.  
 PEDRO EL CRUEL (don); por don J. S. Mi-  
 lanés, pág. 125.  
 PESCA DE LA BALLENA (la), pág. 94.  
 PUENTE DE MONTEREAU (el); por don N.  
 C. C., pág. 52.  
 PIZARRO (Francisco); por don J. M. de  
 Andueza, pág. 148.  
 RECUERDOS DE LAS REINAS PROPIETARIAS  
 DE ESPAÑA; por don N. C. de Caunedo,  
 pág. 74.  
 REINA DE TOLEDO (la); por don F. F.  
 Villabril, pág. 58.  
 REINOSO (Don Felix José); por el señor  
 Anaya, pág. 204.  
 RESCATE DEL PISTOR (el), pág. 157.  
 SALANGANA (la), pág. 122.  
 SANTUARIOS DE JERUSALEN; por don José  
 S. Rubio, pág. 67.  
 SORPRESA DE AMIENS (la); por don F. F.  
 Villabril, pág. 76.  
 TEMPLO DE NUESTRA SEÑORA (el), pá-  
 gina 50.  
 TRAGES AFRICANOS, pág. 24.  
 UN DRAMA AL PIE DEL VESUBIO; por Ale-  
 jandro Dumas, pág. 134.  
 IDEM, conclusion, pág. 210.  
 UNA PAGINA DE LA HISTORIA DE LOS ME-  
 DICOS; por don Javier de Ased, pág. 50.  
 VASCO LOPEZ (Don), GRAN MAESTRE DE  
 SANTIAGO, por don J. M. Maldonado,  
 conde de Fabraquer, pág. 246.  
 IDEM, conclusion; por el mismo, pág. 270.  
 VELAZQUEZ DE SILVA (Don Diego), por  
 don F. F. Villabril, pág. 220.  
 VENCEDOR DE LEPANTO (el); por el mis-  
 mo, pág. 195.  
 VISITA DEL CONVENTO (la), pág. 91.

### A LOS SUSCRITORES.

Cada año experimentamos mayor satisfaccion al consignar en estas breves líneas nuestra gratitud hacia los que nos favorecen; sin su constante auxilio, nuestros esfuerzos hubieran sido inútiles; pero alentados con la proteccion que el público nos dispensó desde luego, hemos realizado ya, y continuaremos realizando sucesivamente, mejoras tales, que el MUSEO DE LAS FAMILIAS llegará á ser con el tiempo lo que son otras revistas de igual clase que se publican en el extranjero. En prueba de ello, tenemos el gusto de anunciar que para el año próximo, en vez de dos novelas históricas, originales del Excmo. Sr. don José Muñoz Maldonado, conde de Fabraquer, que hemos ofrecido en el último prospecto, insertaremos seis completamente inéditas, media en cada número, en virtud de convenio que al efecto hemos celebrado con dicho señor. Estas novelas, escritas espresamente para el MUSEO, equivalen en lectura, como nuestros suscritores saben, á dos tomos en 8.<sup>o</sup> mayor, iguales al de la *España caballeresca*, que hace algun tiempo publicamos, y siendo 20 rs. el precio de dicha obra, resulta que el valor de esta sola seccion de nuestro periódico, es ya mayor que la cantidad que se exige por todo el año de abono. En cuanto al mérito de las novelas nada debemos decir, puesto que el público ha juzgado ya al autor, y de una manera bien lisonjera por cierto, en obras de igual género; aun sin esta circunstancia, lo mucho que escasean en España las buenas novelas originales, fuera una recomendacion, y mayor todavía siendo el objeto presentar los hechos mas culminantes de nuestra historia, bajo una forma amena é interesante, para servir á su vez de instruccion y de recreo. Estamos convencidos de que nuestros suscritores sabrán apreciar el sacrificio de intereses que hemos tenido que hacer para realizar este plan; y que lo aceptarán, así como cuanto en su obsequio hagamos, como una prueba mas de nuestro sincero reconocimiento.

Madrid 23 de diciembre de 1847

DIRECTOR Y EDITOR PROPIETARIO,  
**FRANCISCO DE PAULA MELLADO.**